BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PANICO EN EL SATELITE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

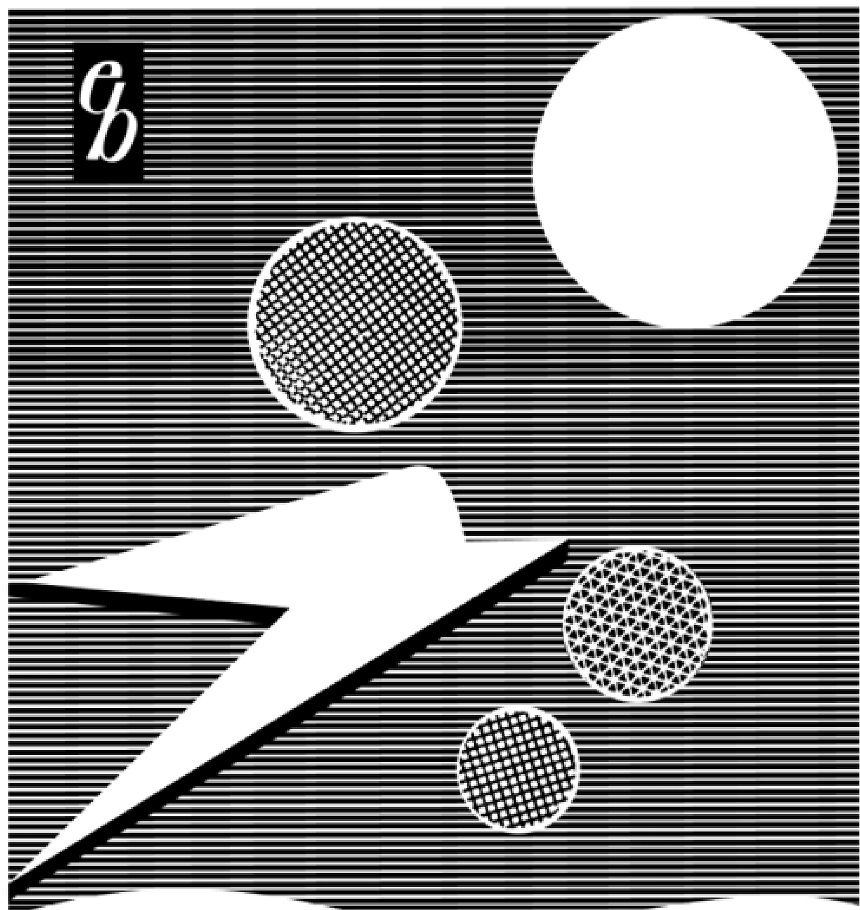
la conquista del ESPACIO

PANICO EN EL SATELITE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

271 — Ondas cerebrales - *Marcus Sidereo*.

272 — La maldición de Kaleenx - *Kelltom Mclntire*.

273 — Los elegidos - *Glenn Parrish*.

274 — Lobos del espacio - *Burton Hare*.

275 — Todas las noches del mundo - *Curtis Garland*.

MARCUS SIDEREO

PANICO EN EL SATELITE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 276

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 35.404 – 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma,

son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1975

CAPITULO PRIMERO

La nave era circular. Veinte metros de diámetro. Y una bóveda en forma de cúpula, totalmente transparente, permitía una visión total del espacio.

Debajo de la plataforma, un par de metros como zona de servicio. El sistema de aterrizaje lo constituía un trípode oculto que se desplegaba automáticamente y permitía salir por la escalerilla situada debajo del suelo entre los dos metros de servicios.

Era el sistema de vuelo interespacial más simple y más completo, y ofrecía las ventajas de una visión fantástica.

Este tipo de nave había sido construida para placer, pero su piloto, Radox, no era precisamente placer lo que experimentaba en estos momentos.

Muy lejos ya del planeta lo contemplaba a través de la bóveda.

Una bola que se iba empequeñeciendo a medida que la nave se alejaba más y más.

El espectáculo era hermoso en verdad, pero contrastaba con el rostro angustiado del joven Radox.

Radox tenía unos treinta años. Era viril, curtido a todos los contratiempos; pero, como todo ser, no podía luchar contra lo irremediable, y él lo había intentado.

Volvió los ojos hacia el extensible y contempló a su joven esposa, Dilma.

Junto a la mujer dormía su hijo Ren. Tenía dos años.

Para Radox aquellos dos seres eran lo más importante del mundo.

Dejó que la nave siguiera su curso y se dirigió hacia el extensible.

Miró a sus dos queridos durmientes y musitó:

—Perdonadme sí he cometido algún error. Sólo estoy tratando de salvaros...

Ella entreabrió los ojos y sonrió.

—Radox... —musitó.

—¿Estabas despierta?

—Sí. Pero he dormido. Oí lo que musitabas.

—Dilma...

—Te quiero.

—Dilma...

—No tienes nada que reprocharte, Radox. Sé que intentas salvarnos.

—Sí, Dilma. Esto es muy arriesgado, pero yo...

Ella le hizo callar poniéndole el índice en los labios, al tiempo que sonreía con dulzura.

—¿Has establecido contacto?

—Lo he intentado varias veces, pero nadie contesta. Creo que he perdido el control.

—No te preocupes. Mi hijo y yo estamos en manos del mejor piloto.

—No es momento para halagos.

—Tú eres el inventor de esta nave —sonrió ella—. No hay secretos para ti...

La miró largamente. La besó y se incorporó para volver al puesto de mando.

—Intentaré comunicar de nuevo. Puede que necesite ayuda. No lo sé... Pero es preferible prevenirse.

Ella guardó silencio, y se volvió para mirar a su hijo, mientras Radox intentaba establecer contacto con el planeta.

Fue inútil.

Algo funcionaba mal, como el circuito de rumbo, el velocímetro, el autocontrol.

Todo estaba inservible. Ningún mando respondía.

Echó una nueva ojeada al cuadro de rumbo. La pantalla parecida a un electrocardiógrafo dejaba oír unos pequeños latidos. Unos puntos luminosos cruzaban horizontalmente en línea recta, como los de un

corazón sin vida.

—No puede ser. No puede ser —musitó para sí. No quería que su mujer supiera el alcance real de la avería.

Miró el sistema de proyección y observó un círculo continuo.

Era lo que más preocupación le causaba. Porque aquello quería indicar que la nave se movía dando vueltas a una zona determinada. Era un rodeo continuo sin ir a ninguna parte. Un derroche de combustible, pues se estaba siempre en el mismo sitio.

Una vez más comprobó los agentes exteriores.

Ninguna interferencia.

Zona apta para vuelo.

Aceleración permitida.

Todo correcto. Sin embargo, la nave flotaba a su antojo; describía círculos, pero no iba a ninguna parte.

¡Y en el planeta nadie contestaba!

—No sé qué hubiera sido mejor —musitó mientras recordaba parte de las últimas conversaciones que había sostenido con Shilan.

Shilan era su jefe en los servicios técnicos de Naves y Vuelos, responsable también de la seguridad atmosférica exterior.

Sí. Radox recordaba perfectamente su descubrimiento sobre la tabla de Qualey y su posterior comprobación con el Centro de Agentes Exteriores...

—Usted es el primero en saberlo, Shilan. No lo he comentado con nadie, pero esto puede ser grave. —Le mostró el informe comprobado por la computadora.

Una sucesión de guarismos y signos reflejaba un estadio completo de la seguridad del planeta.—Un cataclismo —murmuró Shilan.

—De dimensiones fatales. Un cataclismo total.

—No hay que dramatizar. Por desgracia nuestro planeta no es un lugar seguro. Estamos abocados constantemente a la catástrofe, pero de momento no tenemos otro sitio mejor. Debemos vivir aquí, Dispondré medidas de emergencia. Utilizaremos los subterráneos. Esta cuestión debe llevarse con cautela para no alarmar a la población.

Además, disponemos de algún tiempo.

—No, Shilan. No lo ha entendido, o no quiere entenderlo... Lo que se avecina es más grave de lo conocido. No se trata de dañar una zona o una ciudad... Puede ser el fin. Mire esto otro...

Radox le había mostrado unas tablas, unos informes antiguos sobre la situación de las defensas naturales.

—Resquebrajamientos por todas partes. La detección de dos volcanes desconocidos.

—Esto nunca ha sido comprobado.

—Porque las computadoras no estaban programadas para ello, Shilan.

—Está bien, Radox, según usted debemos resignarnos a perder. ¿Qué sugiere?

—Desgraciadamente tengo poco que sugerir, excepto poder salvar al mayor número de vidas posible. Disponemos de las grandes naves y de un satélite bien equipado.

—Pero el satélite no está preparado para recibir a toda la gente del planeta. Además, carecemos de medios para transportarlos a todos.

—No si empezamos ahora mismo. Dejaremos allí al mayor número posible de gente; los otros podrían seguir en el espacio. Estableceríamos un servicio rotativo. Unos vivirían en las naves y luego se turnarían con los del satélite. Mientras tanto podríamos efectuar los trabajos de ampliación que ya están previstos.

Shilan sonrió.

—El que lo tiene todo previsto es usted.

—Lo he estado pensando, Shilan. Creo que es el único medio.

—La gente viviendo en grandes y pequeñas naves, y los que quepan en el Satélite trabajando para construir un planeta artificial.

—Puede hacerse.

—No, Radox... .

—Sí, señor.

—Puede hacerse, es cierto, pero no se hará. El cataclismo será

inevitable, pero no ocurrirá un mayor número de desgracias de las que ya están programadas. Es el tributo que debemos pagar…

—Pero esta vez será distinto… ¡Entiéndalo!

—Basta ya, Radox. Unos guarismos no significan nada.

—Entonces… ¿De qué sirve tanta técnica?

—Usted se basa en el resquebrajamiento, en unas partes vulnerables castigadas; pero insisto en que esto no se ha comprobado. La única certeza qué tenemos es que se producirá lo de otras veces, y tomaremos las mismas medidas. No se hable más.

Shilan solía ser comprensivo, pero cuando daba por terminado un tema era imposible hacerle razonar.

Sin embargo Radox recordaba la segunda vez que abordó el asunto. Había tenido nuevas pruebas, se había preocupado de buscarlas. Los resquebrajamientos fueron probados.

—¡De acuerdo, Radox! Nuestro subsuelo está castigado, pero esto no quiere decir que nos hundamos. Ya he hecho lo que debía. Eche un vistazo a las nuevas instalaciones. Fíjese en la profundidad.

Le mostró unos planos.

—Todo está construido por debajo de la cota normal. No hay pruebas de resquebrajamientos a esa profundidad. Además, observe el sistema de ventilación. Ni en caso de hundimiento total podríamos quedarnos sin oxígeno.

Pero todo esto no convenció a Radox, pese a la perfección de aquellos trabajos.

—Compréndalo usted mismo, Radox. Si anunciamos el fin, llegará antes del cataclismo. La gente se matará para llegar primero al Satélite. Todos querrán ser los primeros,

—Tenemos naves suficientes para…

—¿Las de placer?

—Transportan cien personas por lo menos. Podríamos distribuirlas por…

—Denegado —atajó Shilan—, Deje ya de hacer planes inútiles.

Ahora Radox, conduciendo una de aquellas naves de turismo o de

placer, como las llamaban, pensaba si su jefe no habría tenido razón en parte... Al menos en lo de las naves.

Recordaba haberle dicho:

—Daría mi vida por salvar este planeta... A la gente. Yo quiero a la gente. Sé que muchos se desprecian. Se cometen bajezas y ruindades, pero son seres como yo, tienen sus ansias, sus anhelos, y en los momentos difíciles saben ayudarse los unos a los otros.

—¡Bah! Son todos egoístas. Usted ha sido siempre un soñador. No debe preocuparse tanto por los otros. En el fondo yo le admiro, Radox, pero no puedo pensar como usted. La gente... La gente no daría nada por mí, ni por usted. Sólo dan lo que les sobra... Pero no divaguemos. Tómese un descanso si quiere. Lo necesita. Ha trabajado mucho últimamente.

Y cuando descorazonado iba a dejar el estudio de Shilan, éste le preguntó:

—¿Daría en serio la vida por los demás?

Radox no tuvo que reflexionar.

—Sí, señor. He hablado en serio.

—Es estúpido.

—Hacer algo grande por los otros es lo más hermoso. ¿De qué sirve vivir como un parásito?

—Usted no es un parásito.

—Tal vez no, pero acabo de descubrir algo importante y ya ve el resultado... Anuncio una debacle y...

—No empecemos, Radox. Tómese esas vacaciones.

Radox aceptó la invitación. Si estaba decidido a sacrificarse por todos, más aún lo estaría por su esposa. A ella y a su hijo eran a los que iba a salvar primero; pero no por ello abandonaría a sus congéneres...

Dispuso la marcha.

—Un viaje, querida. Un viaje al Satélite. Os dejaré allí y regresaré.

—¿Por qué tanta prisa? El niño es muy pequeño todavía.

—No importa. Es necesario.

—Pero, ¿por qué?

—Ya te lo contaré...

—Tú nunca haces las cosas sin un motivo, Radox.

—Por eso te pido que tomes las cosas más necesarias, los recuerdos...

—¿Como si... nos mudáramos de vivienda?

—Algo así...

—¿Qué ocurre Radox?

—Te lo contaré durante el viaje... —respondió él.

Antes de marchar todavía hizo algo más. Algo que nunca había hecho antes de entonces. Pasar por encima de las reglas establecidas

Informó al Mayor.

El Mayor era el responsable de los asuntos generales internacionales. La cabeza suprema que presidía el Consejo de los distintos países.

Una tablilla con la clave correspondiente de la computadora puso al corriente al Mayor de la situación.

...«Es más que un presentimiento, señor, pero parece no dársele importancia. Podré darle toda clase de referencias a mi regreso. Tengo un permiso y aprovecho para conducir a mi esposa y a mi hijo al Satélite...»

Seguían los datos precisos, las excusas por no haber seguido el conducto acostumbrado y la firmeza de la creencia en el cataclismo total.

Todo estaba hecho.

Ignoraba la decisión que había tomado el Mayor. Es decir, lo ignoró hasta las primeras horas de su vuelo.

—Regrese inmediatamente —fue él mensaje de la base—. Es una orden del Mayor.

—Estoy cerca del Satélite. Permítame que deje a mi familia a salvo. Yo igualmente pensaba volver.

Tardó algún tiempo en recibir respuesta. Fue desoladora.

—Sigue usted una ruta equivocada. Le estamos detectando. Se aleja por lo menos tres octavos de la línea. ¿Adonde pretende ir?

Fue entonces cuando comenzó a comprobar que los mandos de la nave no obedecían. Funcionaban, sí. El indicador marcaba que los movimientos eran correctos, pero la ruta seguía invariable.

Informó de lo que ocurría, pero ya no volvió a recibir respuesta alguna.

Desde entonces seguía navegando a la deriva. Todo intento de conexión con la base resultaba inútil. Y así llevaba ya algún tiempo. Demasiado…

Dilma se aproximó a él, y desde atrás le rodeó el cuello suavemente con un gesto familiar.

—Es maravilloso… Las vacaciones que siempre habíamos soñado… Un paraíso de silencio. Todo el Universo es nuestro. Estamos realmente solos, tú, yo…, el niño.

—Dilma…

Se hizo un silencio que cortó ella.

—Lo sé, cariño… Lo intuyo al menos… Estamos perdidos en el espacio.

—¿Eh? —él se volvió bruscamente.

—Te he visto manipular en esos botones. Creías que dormía…

—Creo que estamos en un «vacío espacial». Saldremos de ello.

—Estoy segura.

—Gracias por darme ánimos, amor mío.

—Querido… Si hemos de morir juntos… ¿Qué puede importarme lo demás?

Se volvió hacia el niño.

—Quizá él se pierda un mundo mejor, pero esto nunca sé sabe.

—¡No contestan, Dilma! Y la comunicación no está cortada… Quizá sea una pequeña avería. Es posible que se restablezca la comunicación. No es que trate de animarte…

—Ya lo sé. Y tengo plena confianza en ti.

Radox pensó que era maravilloso tener una esposa como Dilma. Comprensiva. Dispuesta siempre a aceptar las decisiones que él había tomado. Nunca un sólo reproche.

Se volvió para abrazarla por la cintura.

La tierna escena cesó bruscamente cuando la nave sufrió un violento vaivén.

Se volvió. La pantalla pareció recobrar momentáneamente la vitalidad, pero en seguida todo cesó.

Intentó comunicar con la base, y recibió unos signos extraños que tradujo rápidamente a través de la pequeña computadora.

—¡No es posible! —exclamó.

—¿Qué sucede?

—El Planeta… Ha entrado en un estado de conmoción…

—El cataclismo que habías previsto…

—Creo que sí, pero ha ocurrido antes de lo que yo preveía.

Ella miraba a través de la bóveda acristalada. La bola planetaria, a lo lejos, parecía adquirir un mayor fulgor.

—¿Qué es eso…? ¿Te parece normal? —inquirió la mujer.

—No lo sé. Intentaré averiguarlo.

No faltaban aparatos para realizar comprobaciones. Radox puso en marcha los precisos.

Pulsó botones, estuvo atento a las respuestas programadas y a las indicaciones de la pantalla correspondiente.

Tras unos segundos, pudo explicar:

—No hay duda. Está ocurriendo un cataclismo… Parece como si todo el planeta se estuviera hundiendo.

—Entonces… ¡Nos hemos salvado! —exclamó ella.

¿Salvado?

Bastaba mirar los indicadores del rumbo.

No. No estaban salvados. Seguían vivos, pero nada más.

Radox volvió a concentrar su atención en las noticias del Planeta, y sin volverse comentó sobriamente:

—Sí, querida… Creo que jamás podremos regresar. La intensidad de la catástrofe es mayor de lo que yo temía… Pero eso ya no cuenta…

La luminosidad de la bola adquirió mayores proporciones. Parecía un astro superior a todos. Reluciente. Trágicamente reluciente…

Fue entonces cuando Radox percibió el zumbido.

—Alguien intenta comunicar con nosotros —dijo—. Y la llamada no es precisamente del Planeta… Pero no consigo saber de dónde procede…

El zumbido persistió.

A través de la bóveda, Radox pudo ver un extraño y pequeño bólido.

Un aparato totalmente desconocido. Por supuesto no pertenecía a su Planeta.

CAPITULO II

—Voy a acoplarme a su nave —dijo una voz directa a través del receptor.

No era corriente poder recibir mensajes de una nave extraña. Sé necesitaba poseer la misma frecuencia de onda. Y aun así se precisaban otros requisitos previamente dispuestos.

—Habla nuestro lenguaje —murmuró la esposa de Radox, observando el bólido.

—Identifíquese —pidió Radox, transmitiendo igualmente de viva voz.

—Last —respondió la voz.

—¿Last? ¿De dónde procede?

—Eso no importa, Radox. Voy a acoplarme.

—Imposible. Mi nave no está preparada para acoplamiento alguno. Dígame qué le ocurre. Si puedo ayudarle lo haré.

—No. No puede ayudarme. Y no se preocupe por los tecnicismos. Me acoplaré.

—Es imposible. No tengo material. Esta es una nave de recreo. Y está navegando sin rumbo. ¡Yo también necesito ayuda!

La respuesta del desconocido fue desconcertante.

—¡Lo sé!

—¿Lo sabe? ¿Acaso viene en mi ayuda?

—Tal vez... Voy a hacer una pasada delante suyo para que me distinga bien. No tiene nada que temer.

Radox cambió una mirada con su esposa.

—Sé que viaja con su familia. Una mujer y un niño, su hijo...

—¿Quién es usted? —repitió Radox.

—Ya se lo he dicho.

—Usted no procede del Planeta.

—No, Radox. No procedo de su planeta... Fíjese bien ahora.

El pequeño bólido realizó una fugaz pasada frente a la parte central de la nave abovedada de Radox.

Se movió con una precisión extraordinaria. Paró de golpe y reemprendió la marcha ascendente. Se detuvo en el espacio para descender vertiginosamente hasta perderse.

Era toda una exhibición.

—¿Me ha visto bien, Radox?

—He visto su nave, sí —murmuró Radox.

—Voy a subir.

Tras un silencio, Radox murmuró:

—De acuerdo.

Cerró la conexión y se volvió hacia su esposa.

—No sé cómo podrá lograr el acoplamiento. Esta clase de naves no están preparadas. No podrá pegarse...

Miró hacia la cerrada trampilla del suelo y pulsó un botón.

—Baja, Dilma. Llévate al niño. Ponte en el departamento donde están las armas. Toma una... No quiero correr riesgos. Desconozco a ese individuo.

Pulsó un botón y la trampilla se abrió. Dilma fue a coger el niño, cuando sonó de nuevo la voz del desconocido.

Radox se alarmó. No era posible que sonará la voz. No era posible, porque él había cortado la conexión. Sin embargo, el individuo estaba hablando.

—No debe temer nada, Radox. Vengo para ayudarles... Su esposa y su hijo pueden quedarse donde están...

Radox guardó silencio.

La voz añadió:

—Estoy exactamente debajo de usted. Puede verme por la pantalla.

Efectivamente. A través de la pantalla, Radox pudo ver el pequeño bólido. Casi cuadrado, insignificante, apenas con sitio para una sola persona, y aun navegando encogida.

—Sí. Le veo —replicó.

—Bien. Voy a hacer el acoplamiento. Usted no debe tocar ni un solo botón. ¿Entendido?

Radox asintió sin responder.

El pequeño bólido se pegó materialmente en la parte baja de la nave. Se pegó como un imán al hierro.

—Ya está —dijo la voz.

La cosa no podía resultar más sencilla.

Entonces la puerta destinada para descender de la nave comenzó a correrse a un lado, sin que Radox pulsara ni un solo botón.

—¿Cómo es posible? —se dijo.

Aguardó impaciente y con los nervios tensos. También su mujer miraba atentamente a través de la trampilla.

La nave desconocida abrió una compuerta superior, de modo que ambos bólidos parecían uno solo.

El matrimonio esperaba ver subir a alguien, pero nadie aparecía a través del agujero.

Radox llamó:

—Puede dejarse ver Last… No pensamos atacarle. Salga. Le esperamos…

Silencio.

Radox se aproximó y miró por el hueco. Con la otra nave empotrada era más profundo. Dos metros bajo el nivel del suelo, más un metro y pico de profundidad de la otra nave.

—No consigo ver nada —murmuró y fue en busca de una linterna para enfocar su haz de potente luz hasta el fondo.

Enfocó.

—¡Last!

No era posible. En el interior de la pequeña nave no

había nadie. Por lo menos nadie que pudiera verse por procedimientos normales.

—¡Last!

La voz sonó de nuevo. Procedía de lo más profundo. Sin embargo, resonaba por toda la nave.

—Es difícil que usted pueda verme con ojos de mortal, Radox,

—¿Dónde está usted? —inquirió el piloto.

—Estoy aquí, Radox. Estoy en su nave. Desde ahora marcharemos acoplados.

Radox descendió hasta situarse en la entrada del pequeño bólido acoplado al suyo. Enfocó bien la linterna y la luz barrió el interior de lo que era una pequeña cabina.

Había una especie de pupitre repleto de bujías de luz oscilante. Una pantalla transmisora de datos, y en la parte baja un pedal. Era todo.

No existía ni un asiento. Nada. Sólo un armario adosado a la pared opuesta del pupitre. Un armario de unos doce centímetros de profundidad. Sí, eso era todo.

¿Quién le estaba hablando pues?

—Last... ¿Desde dónde habla? Ya veo lo que es eso... Se trata de una pequeña nave teledirigida. ¿Dónde está usted?

—Estoy aquí, Radox. Ya le he dicho que es difícil que usted pueda asimilar la verdad. No sólo son sus ojos, Radox. Es su intelectual de mortal lo que le in*- pide comprender.

—Usted no es invisible, Last. Además... Está hablando a través de esta computadora. Habla desde alguna parte —replicó Radox, que ya había saltado al interior del bólido acoplado.

—No, Radox. Se equivoca. Yo soy... Eso... Eso que usted ve. Lo que pisa.

—¿Eh?

—Sí, Radox. Mi Unidad es ésa. Mi voz sale de ahí. Esto... «esto» —repitió con énfasis— «soy yo».

Radox miró en silencio todo lo que le rodeaba. Trataba de comprender. Su esposa, desde lo alto, le previno.

—No te fíes, Radox. Puede ser una trampa. Estamos en el espacio. Todavía no conocemos nada. No hay informes fidedignos de los peligros…

—Lo sé, lo sé… Pero si hubiera querido atacarnos, lo hubiese podido hacer… Aquí hay algo más —repuso Radox.

—Sensatas palabras —repuso la voz de Last—. Tengo poder para atacar. Pero raras veces suelo hacerlo. La gente acaba siendo comprensiva… Vamos, Radox, vuelva a sus mandos. Ahora ya no tiene ninguna interferencia que le impida fijar el rumbo.

Tras un corto silencio, Radox se encaramó para volver a su nave y comprobar los mandos.

Funcionaba todo. La nave podía volver a ser dirigida a voluntad. Ya no existía impedimento alguno que la retuviera dando vueltas en el mismo círculo limitado.

—¡Funciona! —exclamó.

Dilma, su esposa, colocada junto a él, observó las reacciones de las distintas pantallas. Miró la cuadrícula de coordenadas y la línea luminosa que lentamente seguía el curso del vuelo impulsado por el piloto.

—Es verdad.

—Intentaré llamar a Planeta. Si ha cesado la interferencia, podrán oírme —dijo él.

Trató de establecer el contacto, pero, ante el silencio, sonó nuevamente la voz de Last:

—Es una vana tentativa, Radox. Ya no pueden contestarle desde el Planeta.

—¿Por qué? —preguntó el joven piloto, empezando a dar crédito a las palabras del invisible intruso.

—Ya no existe, Radox. Pronto lo verá desaparecer. Un cataclismo. Un fuerte cataclismo. La hora del Planeta ha sonado.

—No. No es posible… —oteó la lejana bola a lo lejos. El planeta seguía allí.

—Todavía es posible verlo. No ha empezado la desintegración. Pero ya falta poco. Está todo deshecho, Radox. Ya no hay nadie con vida. El fuego lo han destruido. Si alguien hubiese podido sobrevivir, la atmósfera habrá cuidado de aniquilarlo. Ya no hay oxígeno. Todo es materia combustible.

Aún insistió Radox en la llamada, pero fue inútil.

—¿Cómo sabe todo esto, Last? ¿Quién le envía?

—Nadie, Radox.

—Bien... —se hizo un silencio. Radox meditó y áñadió—: Parece que estoy en sus manos. Podría librarme de su bólido. Destruir ese maldito cerebro... Porque no es más que esto: un cerebro programado.

—No maldiga, Radox. Usted es una buena persona. Lo ha demostrado en muchas ocasiones. No maldiga sólo por el hecho de que no pueda entender mi presencia. Yo trato de ayudarle.

—¿Ayudarme?

—Sí.

—Ha mantenido mi aparato interferido... Ha sido ese maldito bólido.

—No vuelva a maldecir, Radox... Sí, en efecto. Le he interceptado. Le hubiesen obligado a volver, y su regreso habría resultado inútil Sólo la muerte le esperaba en el Planeta. Y ahora sigue vivo. Usted y los suyos... ¿Todavía quiere seguir maldiciéndome?

Radox se volvió. Su mujer estaba allí, a su lado. La vio más asustada que nunca. Más, incluso, que cuando se sabía perdida en el espacio.

El la abrazó con fuerza y, tras besarla, murmuró:

—No temas, querida. No temas... Estoy seguro de que Last nos explicará exactamente qué es lo que quiere de nosotros.

Last pareció dejarles que se abrazaran. Luego, cuando la muchacha ya estaba más tranquila, su voz se oyó de nuevo:

—Sigan tranquilos. De momento nada les ocurrirá.

CAPITULO III

Radox había fijado el rumbo «B-C 34», La voz de Last comentó:

—Veo que sigile dispuesto a dirigirse al Satélite.

—Es el único lugar que conozco.

—No es un buen sitio ahora.

—¿Quiere indicarme otro lugar? —preguntó Radox, que ya empezaba a habituarse a hablar con «alguien» al que no veía.

—Sí... Pero necesitará provisiones. Es un nuevo planeta. Virgen. Un lugar magnífico para empezar una nueva civilización. Pero necesitará mucha paciencia. Cuando llegue allí, su hijo habrá crecido. No es fácil ciertamente el viaje. Y yo no puedo ayudarle en todo. Hay cosas que tendrá que hacer y decidir por sí mismo.

—¿Un viaje de años? ¡Imposible! Esta nave es sólo para excursiones. He perdido mucho combustible y sólo me queda para llegar al Satélite.

—Bien. Entonces vaya y provéase del combustible necesario, aunque esto no es lo más esencial. Con una nueva pila le bastará. En eso sí puedo ayudarle. Recuerde que vamos acoplados. La pila le será útil para otras cosas.

—¿En un viaje de años? ¿Cómo puede estar seguro que con sólo marchar acoplados su pequeño bólido y mi nave bastará? .

—Pues lo estoy, Radox. Debe aprender a confiar en mí.

—No estará realizando un experimento, ¿verdad? ¿No me habrá elegido para probar alguna técnica?

—¡Oh, no! No necesito probar...

—Bien, Last... ¿Qué debo hacer según usted?

—Necesita alimento concentrado. En el Satélite poseen buen almacenamiento de tabletas nutritivas. Eso es lo único que debe conseguir, pero tampoco le será fácil.

—¿Por qué? —Y sin esperar respuesta, Radox añadió—: De todos modos iré al Satélite. Un viaje como el que propone no se improvisa.

Debo pensarlo.

—Comprendo.

—Quiero saber noticias. Necesito el contacto con los míos.

—¿Noticias? Poco le podrán decir que yo no sepa, Radox...

El piloto permaneció en silencio, comprobando el perfecto funcionamiento de todo el mecanismo. Rompió la larga pausa para decir:

—¿Puedo preguntarle cómo sabe usted mi nombre?

—Yo sé todo lo que deseó saber, Radox. Ya me irá conociendo...

A partir de ese momento, se estableció un largo silencio. La voz de Last ya no volvería a sonar en mucho tiempo, como si no existiera. Sólo su bólido seguía allí, pegado al suyo por la parte baja, cual si estuviese soldado.

A la vista del Satélite, Radox anunció de su inminente llegada. En el control una voz contestó:

—¿De dónde diablos sale usted? Nuestras noticias son de que ya no queda nadie allá abajo.

—Lo sé... Yo salí antes de la catástrofe. Me perdí.

—Bien, bien. Le colocaremos en algún hueco. Esto está bastante lleno.

—¿Lleno? ¿Quiere decir que han venido gentes del Planeta?

—Sí, sí. Ya lo verá. Puede tomar contacto con nosotros por la pista central. ¿Sabe cómo hacerlo?

—No. Es la primera vez.

—Gradúe el chisme ese que tiene ante sus narices a 0-2. Se pondrá frente al túnel de entrada. Conduzca lentamente hasta introducirse en la boca. Cierre los contactos y lo demás lo haremos nosotros. ¡Espere! Déjeme localizarlo por la pantalla.

Radox pensó en el bólido de Last y murmuró:

—Oiga... Tendrá que desacoplarse, Last. $u bólido tapona mi salida.

Last no contestó.

—¡Oiga, Last!

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Habla conmigo? —le preguntaron desde la base del Satélite.

—No, no...

—¿Ha oído mis instrucciones?

—Por supuesto.

—Bien. Lo estoy localizando. Está usted a cinco mundos. A tiro de piedra como aquel que dice.

Radox lo puso todo en orden y se levantó para echar una ojeada a la parte de abajo. ¿Por qué demonios no contestaba Last?

Quedó sorprendido al ver que no había nadie. La trampilla se había cerrado y la nave volaba completamente sola.

Se volvió hacia Dilma y murmuró:

—¡No está!

Conectó la pantalla de vuelo para examinar desde el exterior su propia nave y comprobó que, en efecto, el bólido de Last había desaparecido.

—¡Se ha ido!

—Es extraño —murmuró Dilma.

—Podía haber dicho algo...

—Yo creo que volveremos a saber de él, Radox.

—Sí. Es posible, pero no sé... todo esto parece una pesadilla... Nuestro Planeta desaparecido... Ese misterioso Last... Ojalá podamos quedarnos en el Satélite.

—«El» ha dicho que no —recordó Dilma.

—Sí... Parecía insinuar dificultades.

—Sí. Y daba la sensación de tener una absoluta seguridad en todas sus afirmaciones.—Eso es cierto.

—Me pregunto quién sería, Radox...

—Eso también me lo pregunto yo, querida.

—De todos modos… no podía ser un enemigo. ¿Verdad?

—No… Aunque no debemos confiarnos.

—Su voz tenía algo especial, Radox. ¿No te diste cuenta? Era muy persuasiva.

—Sí.

—Y te conocía bien.

—Quizá…

—Dijo que eras un hombre bueno y en eso no se ha equivocado. Siempre has tratado de ayudar a los demás.

Radox guardó silencio.

—Primero me asusté un poco, ¿sabes? —murmuró ella, mientras él volvía la mirada hacia el Satélite graduando y regulando la marcha hasta colocarla en 0-2, frente mismo a la entrada del «Túnel» de toma de contacto.

—Me asusté —siguió ella—, pero poco a poco comenzó a inspirarme confianza. Y no sé por qué tengo el presentimiento de que ese «ser», sea quien sea, tendrá algo que ver en nuestras vidas.

—Ojalá no tengamos necesidad de pedirle ayuda.

—Tengo un presentimiento.

—No te inquietes. Estaremos pronto entre los nuestros.

—Sí, Radox, pero esto… todo lo ocurrido me da la sensación de que es el prólogo de algo nuevo; de un cambio radical. No sé… Presiento de que tú y yo estamos destinados a hacer algo importante…

El parecía no oírle. Puso el contacto y miró fijamente el túnel que se aproximaba.

—Estamos llegando —dijo a través del emisor.

CAPITULO IV

El Satélite era como un gigantesco trompo. Una peonza que giraba lentamente sobre su estrecha base.

En la parte alta surgía una especie de castillo o minarete circular que lanzaba destellos junto al cual se hallaban los expulsores del oxígeno viciado.

Más abajo estaba la central productora de ese aire indispensable para la vida en su interior.

A continuación, en los pisos superiores podía verse la gran pared transparente que albergaba los laboratorios y puestos de investigación.

Existía también una zona que, a modo de invernadero, era destinada al cultivo de especies vegetales.

Había un sector para plantas y otro para hortalizas comestibles. Junto al llamado «Campo» estaba la fábrica productora del abono orgánico correspondiente.

La parte inferior, junto a la base, era destinada para la salida y despegue de naves.

El túnel, muy cerca de la base, descorrió la puerta dejando libre la inmensa entrada a través de la cual se introdujo la nave de Radox.

Una vez transpuesto aquel umbral, el piloto cortó los contactos y dejó que el vehículo fuera dirigido desde la base.

Lenta y majestuosamente la nave se posó sobre el suelo deslizante y avanzó teledirigida hacia el hangar correspondiente

Allí, en el interior, comenzaba el laberinto de corredores. Desde dentro todo parecía mucho mayor.

La nave recorrió varios corredores hasta llegar al lugar que le habían destinado para «aparcar» definitivamente.

Radox observó que en el mismo hangar se hallaba una de las naves de mayor capacidad.

—Una nave expedicionaria. Una N-106. Capacidad para quinientas personas... No había ninguna aquí. Tuvo que salir del Planeta después que nosotros.

Ayudó a su mujer a salir. El pequeño Ren iba en un fardo de plástico perfectamente manejable.

No vieron a nadie al salir, pero una voz les orientó:

—Sigan las flechas azules. El profesor Boran les recibirá en su despacho, al final del corredor del segundo piso. Tomen el ascensor.

Siguieron las instrucciones y, ante la grandeza de aquel bien iluminado interior, Dilma no pudo menos que murmurar:

—Esto es inmenso.

—Sí que lo es...

Llegaron al ascensor y percibieron aquel silencio penetrante.

—No se oye nada.

—Todos los compartimentos están insonorizados. Totalmente insonorizados. Podrían estar haciendo un ruido de todos los demonios al otro lado de uno de esos muros y no nos enteraríamos.

El ascensor los dejó en la segunda planta. La entrada al despacho, señalada con una flecha luminosa azul cuya luz oscilaba constantemente les indicó que estaban frente al despacho del profesor Boran.

—Ahí es.

Al pasar entre dos controles magnéticos, una parte de la pared se corrió dejando franca la entrada.

Boran estaba en pie al otro lado. Les esperaba.

Radox no le conocía personalmente, pero había oído hablar de él.

Boran era uno de los diseñadores del Satélite, el principal propulsor de la idea y el primero que partió con el grupo expedicionario para inaugurar aquel pequeño planeta.

Era un hombre alto y delgado, de mirada grave y ojos escrutadores.

Su rostro pálido en contraste con su pelo rubio le daba un aspecto peculiar e inconfundible.

—¿Boran? —inquirió el recién llegado.

—Soy yo.

—Soy Radox, mi esposa Dilma y mi hijo Ren.

—Síganme.

Les introdujo en una pieza pequeña, pero confortable, y les indicó que se sentaran en los blancos y acolchados sillones.

—No tenía noticia de que hubiese salido nadie más después de la catástrofe.

—Llevo algunos días en el espacio, profesor. Tuve una interferencia y perdí el rumbo.

—¿Perdió el rumbo? ¿Por defecto de la nave?

—Es algo más complicado, señor... Se lo explicaré en otro momento...

—No tiene importancia. Lo único que sí la tiene es saber si su nave se halla en perfecto funcionamiento.

—Desde luego. Únicamente tendría que renovar la pila.

—Esto todavía es posible, y debiera hacerlo cuanto antes para marcharse de aquí.

—¿Es que no podemos quedarnos, profesor? —inquirió Radox.

—Podrían, desde luego, pero no es aconsejable. —El profesor no era demasiado explícito y Radox quiso saciar su curiosidad.

—¿Es que ocurre algo? ¿Hay algún peligro?

—Mire... Esto no es lo que era ya, Radox. Desde que el Planeta desapareció se ha operado un cambio radical...

Ante el silencio de Radox, el profesor fue algo más explícito:

—Le supongo enterado que nuestro régimen de vida en el Satélite, como dependiente del Planeta era el mismo que en cualquier laboratorio de tierra firme. Cada uno tenía su cargo y su responsabilidad. No había un jefe específico. La Sección de asuntos de Investigación tenía el mando supremo... Ahora todo ha desaparecido. Los supervivientes de nuestra raza estamos aquí. Contándoles a ustedes formamos un número de 645 personas.

—¿Demasiadas? —preguntó Radox.

—No. Ese no es el problema.

—¿Hay problemas?

—Sí.

Un nuevo silencio. Un zumbido anunció que alguien deseaba hablar con el profesor, quien conectó algo instalado en el brazo de su butaca y se puso al habla.

—Boran.

—Se dirigen al almacén dé la base. Quieren controlar el sector.

—Me lo estaba temiendo.

—He ordenado que cierren las compuertas.

—No, Dermott. No haga eso. Las echarían abajo. Debemos conservar el Satélite.

—Pero es que...

—Intentaré hablar otra vez con Telgon. Procuraré hacerle razonar.

—No creo que lo consiga.

—¿Qué hacen los otros?

—Todos están con Telgon. Tienen miedo.

—Era de suponer. ¿Y Konner?

—No, Konner sigue en el «Campo». El está con usted. Y yo también, profesor. Pase lo que pase estaré con usted.

—No sé si servirá de mucho, Dermott. Lo único que intento es evitar violencias. Sólo conducirían a nuestra destrucción.

—¿Tiene alguna orden?

—No. Venga aquí si quiere. Hay tres nuevos visitantes.

—No han llegado en buen momento.

—No, Dermott. Intentaba explicárselo cuando usted ha llamado.

Boran cortó la comunicación y, dirigiéndose a los recién llegados, explicó:

—Dermott es el hombre que guió su nave hasta los hangares. En realidad ésa no es su misión. Es mi ayudante, pero en las actuales

circunstancias ya no puede ayudarme en nada.

Y como recordando algo volvió a conectar el botón instalado en el brazo de su butaca y murmuró:

—Dermott…

—Sí, profesor.

—Oye. Antes de que lleguen los otros trae un par de pilas… Trae tres… O mejor las que puedas, quizá las vayamos a necesitar.

—Sí, señor.

—Date prisa. Que no te vean.

—De acuerdo, profesor.

Boran cerró de nuevo el contacto y el piloto preguntó intrigado:

—¿Hay alguna rebelión?

—Alguien en el Planeta anunció el cataclismo, pero no esperaban que fuese de tal magnitud.

—Fui yo, profesor —confesó Radox.

—Usted…

—Sí. Yo estudié el fenómeno y previne lo que pudo ocurrir…

—Y no le hicieron caso.

—Fue lo que usted dice. Pensaron que sería uno más.

—¿Y usted se marchó?

—Me dieron un permiso. Sólo traté de salvar a mi esposa y a mi hijo. Pensaba volver, pero ya no hubo tiempo.

—En su ausencia debieron reconsiderar el peligro, pero se entretuvieron demasiado, y por otra parte la catástrofe se produjo antes de lo previsto.

Radox asintió.—Por lo que he podido deducir se filtró alguna noticia. Nuestro desaparecido gobierno dispuso una nave para mandar a un grupo de científicos al Satélite, con el fin de estudiar las posibilidades de alojamiento y ver de formar turnos de estancia mientras todos los que fuera posible salvar hiciesen vida en el espacio, estableciendo turnos.

—La idea fue mía —adujo Radox.

—Ya.

—Pero... ¿Qué ocurrió? '

—Se pensó en la posibilidad de ir ensanchando el satélite y esos hombres, en unión de los que aquí trabajamos, venían a realizar un estudio rápido.

—¿Y no llegaron?

—No. Como le digo hubo alguna filtración, empezó cundir el pánico y se produjo una revuelta. Un grupo de hombres armados se apoderó de la nave expedicionaria. Hubo una auténtica carnicería. Ganaron los más fuertes y consiguieron huir...

Radox asintió, y Born continuó la explicación.

—Esos sí llegaron. Tuvimos que acogerlos, pero ya por entonces apenas podíamos establecer contacto con el Planeta. La catástrofe había empezado, ya nadie más tuvo tiempo de salir. Las principales bases quedaron destruidas y los almacenes de vituallas para los vuelos fueron los primeros en arder.

Otra pausa:

—Aquí, aparte de la plantilla profesional, teníamos algunos visitantes que habían realizado el viaje por placer. Ya sabe que cada día eran más los que se interesaban por este habitáculo.

—Yo deseaba visitarlo también, aunque no de esta manera —terció Radox.

—Unos cuantos matrimonios, y grupos de jóvenes y muchachas. No pudieron salir de aquí a causa de lo que estaba ocurriendo. Cuando llegó el fin, pensé reunirlos a todos para tratar de organizar la nueva vida en común, pero entonces surgieron las discrepancias con los del planeta grande. Quinientos cuatro hombres como quinientas cuatro fieras... Alguien empezó a decir que no podríamos subsistir mucho tiempo y que lo que nos restaba a todos de vida debíamos aprovecharlo para vivir bien... Intenté hacerles razonar. Dije que todos serían escuchados y que dejaran el mando del Satélite en manos de la gente que lo conocíamos bien...

Otra pausa. Radox y su esposa empezaron a comprender la realidad que confirmó el profesor seguidamente:

—A veces tengo la sensación de que lo que nos ha llegado del Planeta es la escoria. La chusma. Lo peor. Los más bajos instintos, los sentimientos más perversos

han dado cita aquí...

—¿Pero ustedes no podían obligarles...?

—Ellos van armados y ya han demostrado que no llevan las armas por adorno. Cuando alguien quiso hacer una votación en regla, uno de ellos, al que parece que todos están dispuestos a seguir, asesinó fríamente a dos de los que se opusieron al caos.

Tras un silencio añadió:

—Es un individuo que se llama Telgon. Un cínico. Le acompañan siempre dos dé sus compinches.

—¿Y qué pretende?

—Dominar todo esto. Imponer su voluntad. Y lo ha conseguido...

—Pero ustedes tienen medios para combatirlos.

—¿Cómo? ¿Provocando una guerra en este pequeño reducto? No, Radox. En un momento destruiríamos el Satélite. Moriríamos todos... Claro* que, quizá, algunos preferirían verse muertos a...

—Verdaderamente es una situación delicada —murmuró Radox, mientras su esposa permanecía silenciosa, atenta al problema que tan crudamente exponía el profesor Boran, que añadió:

—En principio han separado a las mujeres de sus

— 31maridos'o acompañantes. Las utilizan para su disfrute particular. A los hombres más rebeldes, les han colocado en los trabajos más humillantes. Les hacen barrer, lo cual no sería necesario si se utilizaran los recipientes aspiradores, pero esa gentuza lo ensucia todo. Ni siquiera utilizan los retretes... Su cuartel general es una sala de descanso que la han convertido en un cabaret o algo peor. Allí hacen desvestir a las mujeres... Bueno, imagíneselo... Siempre queda un grupo de guardia, los demás se embriagan.

—¿Embriagarse? ¿Cómo?

—Obligaron a uno de nuestros profesores a hacer determinada mezcla química... Telgon había trabajado de mozo en un laboratorio y sabía que era factible fabricar una droga líquida.

—Parece imposible que esto pueda ocurrir aquí dentro… donde estamos nosotros —habló Dilma por primara vez.

—Ocurre, señora, y por el bien de ustedes será mejor que no les vea… Por eso le dije a mi ayudante que trajera pilas. El espacio es mejor que esto. Incluso el mismo infierno sería mejor…

—No tenemos provisiones.

—Es lo que imaginaba No será fácil conseguirlas, Telgon las tiene controladas.

—¿Para qué?

—Para debilitar a los hombres. Es otra de sus canalladas. Ahora quiere hacer lo mismo con el material de vuelo. Así se asegurará de que nadie intentará escapar.

Un zumbido anunció la presencia de alguien. Luego una puerta se abrió.

El piloto se levantó rápidamente, pero Boran le tranquilizó:

—Es Dermott. Es el único que tiene la contraseña del control para abrir esta puerta.

—¿No han llegado hasta aquí? —preguntó Dilma.

—Hasta ahora me han respetado. Esta parte es la única que no domina, pero la tienen vigilada. Yo mismo no puedo salir sin pasar por sus controles. Tienen los planos del Satélite. No puedo salir del sector sin ser visto. Es como estar prisionero.

Apareció Dermott, con un envoltorio no mayor que un libro.

—Sólo he podido conseguir una. Por poco me pillan.

—¿Están abajo? —inquirió Boran.

—Sí. Han visto la nueva nave y se están preguntando a quién pertenece. No me extrañaría que vinieran hacia aquí.

Radox hizo un gesto protector hacia su esposa.

—Antes de que lleguen yo iré a hablar con ellos —dijo Boran, incorporándose de su asiento—. Usted, Dermott, esté alerta. Coloque esa pila en la nave de Radox cuando no puedan verle… Por cierto no les he presentado.

Lo hicieron ellos mismos de un modo protocolario. La situación era crítica. El profesor estaba dispuesto a salir.

—No quiero que nadie se arriesgue por mí. Espere, profesor, iré con usted… Mi esposa y mi hijo pueden quedarse…

—Es mejor que no le vean —dijo Boran.

—Perdone, profesor, pero yo opino lo contrario.

Boran arqueó las cejas.

—Si han visto mi nave supondrán que ha venido gente. Mejor que me vean. Inventaré cualquier excusa. Por supuesto, diré que he venido solo.

Dermott aprobó la idea.

—En eso tiene razón, Radox.

—Sí… Pero no puedo garantizarle nada —admitió Boran.

—Debo correr el riesgo.

—¡Radox! —exclamó su esposa, yendo a su lado.

—¡No te preocupes, querida! Volveré.

—Ten cuidado.

—Sí, lo tendré.

—Vamos, antes de que vengan.

Junto a la puerta, Radox se volvió y, mirando a Dermott que era más o menos de su edad, murmuró:

—Cuide usted de los míos, Dermott.

—No se preocupe. Si vinieran tardarían bastante en derribar esa puerta, pero, aun así, hay un escondrijo.

—Gracias.

Y Radox salió, junto al sereno profesor, para enfrentarse con aquella escoria que tan exactamente había descrito Boran.

CAPITULO V

El profesor Boran guardó su control natural en el interior de la bota. Era un aparato plano y de escaso volumen y era fácil esconderlo.

—Prefiero utilizar los controles manuales. Esto no debe caer en manos de esa gente —dijo.

,A1 fondo de un corredor tiró de una palanca y abrió una puerta.

Había otra casi de inmediato y llamó utilizando el zumbador.

Alguien abrió.

Era un individuo malcarado con barba de varios días y armado con uno de los fusiles continuos.

Sonrió cínicamente al ver a Boran. Luego sus ojos se posaron en Radox.

—¡Vaya! La eminencia gris... Y viene acompañado. ¿Quién es ese tipo? ¿Lo tenía escondido?

—Acabo de llegar —adujo Radox—. Mi nave está en el hangar.

—¿Acabas de llegar? ¿De dónde? El planeta ya no existe. ¿A quién tratas de engañar?

—Acabo de llegar ahora. Me perdí... He pedido asilo en el Satélite.

Aquel tipo lanzó una voz para que se acercara otro individuo de la misma calaña. Iba también armado.

—¡Eh, Rusty! Acércate... Mira a ese tipo... Lo tenía escondido el profesor...

—Le he dicho que acabo de llegar —insistió Radox.

—Calla de una vez y no hables si no te lo ordenan... ¿Qué opinas, Rusty?

—Hay una nave nueva en los hangares... Desde ahora ya no llegará ninguna otra sin que la controlemos nosotros. —Y clavó seguidamente la mirada en Radox para preguntarle—: ¿Tú has llegado en esa nave?

—Ya he dicho que sí.

—¿Y has llegado solo?

—Sí —mintió Radox.

—¿Seguro?

—Sí.

—Llévalo a Telgon. Querrá echarle un vistazo —dijo el guardián de la puerta que les había abierto.

—Andando —añadió el llamado Rusty.

—Yo también deseo hablar con Telgon —adujo entonces el profesor—. Por eso he venido. Quería… presentarle al nuevo habitante.

—Tú espera aquí. O mejor que te vuelvas a tu sitio. Cuando Telgon quiera hablar contigo ya te llamará.

—Pero es que deseo hablarle ahora.

—¿No lo has entendido? Nada de eso… Largo —insistió el de la puerta; y con la culata del fusil le empujó.

Radox, aun sin ser violento, hizo ademán de ir a proteger al profesor, pero el otro le empujó en dirección opuesta.

—Tú sigue adelante. ¿Me oyes?

El profesor iba a decir algo, pero el otro tipo, antes de cerrarle la puerta, apostrofó:

—Y da gracias a que hasta ahora te deja vivir tranquilo, pero no será por mucho tiempo. Aquí no puede haber privilegiados. ¿Comprendes? No hay habitaciones particulares… Ya hablaremos. Radox, entretanto, cruzó la ancha estancia. Era como un inmenso hall, con ventanales abiertos al espacio.

Había bastante suciedad y no le extrañó ver a un par de hombres que, empujados por otro, empezaban a recoger todo lo que estaba en el suelo, ayudados de palas y cubos.

—Todo bien limpio. ¡Y a mano! ¡Agachaos! Nada de utilizar los automáticos… Demasiado tiempo habéis vivido con todas las comodidades. Ahora sabréis lo que es trabajar… Las tornas se han cambiado, ingenieros del diablo… Científicos malditos…

El que así hablaba era el tipo que cuidaba de los dos hombres encargados de la limpieza.

Radox se volvió un momento. Miró a su guardián y pensó que aquello no era más que una venganza, una estúpida venganza de un grupo de resentidos que ahora estaban en el poder.

Cruzó un corredor y, en otro, vio tina puerta abierta. Leyó:

«Sala de descanso.»

Había un tipo armado en la puerta, y dentro una mujer gritaba:

—¡No! Ya basta... Os he dicho que me dejéis en paz...

Se oyeron unas risotadas. Radox se detuvo un instante y trató de mirar. Recordó lo que le había dicho Boran, pero se sintió empujado por Rusty.

—¡Eh! Nadie te ha dicho que te detengas. No te importa nada lo que hay aquí.

—Me pareció oír a una mujer —trató de despistar.

—Claro que es una mujer, pero no te hagas ilusiones... Las mujeres son para divertirse, y aquí sólo nos divertimos los jefes... ¿Tú qué eres...?

—¿Yo?

—Sí. No te hagas el listo... ¿Qué hacías en el Planeta? Pareces tener mucha amistad con el profesor. ¿Eres científico?

—Al profesor acabo de conocerle ahora. Me atendió al llegar.

—Y te contó cosas...

—Me dijo solamente que tenía que llevarme hasta Telgon, que era el mandamás aquí.

—Todavía no me has dicho qué hacías en el Planeta.

—Pues ayudaba...

—¿A qué?

—Estaba en el... —reflexionó—. Bueno a mí todo el mundo me daba órdenes.

—¿Dónde?

—En uno de esos centros de investigación... Sismografía...

—¿Qué es eso?

—Los jefes se dedicaban a prevenir hecatombes...

—¿Y no se dieron cuenta de lo que iba a ocurrir? ¡Menudos idiotas esos jefes! ¿O tú eras uno de ellos?

Mentir no era su fuerte, pero en aquella ocasión Radox no podía decir la ,verdad.

Siguió al lado de su guardián por el corredor paralelo a la «sala de descanso» —improvisado cabaret y local de placer—, y murmuró:

—Oí decir algo y por eso me largué, pero me perdí y... no he llegado hasta hoy.

Se detuvieron ante una puerta.

—Hemos llegado. Te advierto que no debes mentirle al jefe, ¿eh? El se las sabe todas... Y si no has venido solo, pobre de ti... Pareces un tipo simpático, de los que no les gusta armar jaleo. Te voy a dar un consejo: Pórtale bien. El jefe es buena persona. Odia a los que se creen importantes, a los que pretenden dominarlo todo... Ahora ha sonado nuestra hora. La de los que nos creían débiles... Sí, muchacho. Si te portas bien, serás uno de los nuestros.

Maldita la gracia que le hacía que le confundieran con aquella gentuza, pero si ello tenía que servirle para evitar males peores seguiría fingiendo y les dejaría creer que era un don nadie. Lo más importante, en aquellos momentos, era que no pudiesen sospechar que se hallaba allí con Dilma...

Telgon se encontraba en el interior de la sala. Se veía claramente que se trataba de un departamento destinado a juntas: Existía una larga mesa sujeta ¡al suelo, como todos los enseres de las distintas dependencias, y varios sillones en derredor. En una de las paredes había un pupitre de mandos, con pantallas, etc.

En el sillón principal se hallaba Telgon. Era un hombre de unos cuarenta años (1). Sobre la mesa tenía algunos botones que pertenecían a otros tantos mecanismos.

Ante él una botella que sujetaba con la mano izquierda y de la que bebió un trago.

—¿Qué me traes, Rusty? —preguntó, sin fijarse demasiado en

Radox.

—La nave que acaba de llegar. Ya te hemos informado. Este tipo iba en ella.

—Acércate —le ordenó Telgon.

Radox lo observó atentamente. Aun sentado se notaba que era alto, más, incluso, que el profesor. Tenia una cicatriz que le afeaba el rostro y una mirada asesina.

Se fijó también Radox en la anchura de los hombros del sujeto: era muy fornido y corpulento. Su expresión rezumaba violencia, sadismo...

—¿Cómo te llamas? —preguntó el jefe.

—Radox.

—Científico, ¿eh?

—No exactamente...

—Me ha dicho que trabajaba con esos que preveen las catástrofes... Pero que él no era nada importante.

—¿No eras nada importante?

—Nunca me he tenido por nada importante, jefe...

—Llámame señor. Es más fino.

(1) Aunque en el Planeta la edad se contaba de forma distinta, la indicación, según los cálculos de la tierra, es para que sirva de orientación. Igualmente cuando se habla de días, horas y minutos para designar el tiempo, y metros para medir]as distancias.

—Perdone, señor...

—Conque nada importante, ¿eh?

—No, señor.

—Dice que se largó —interrumpió Rusty— cuando se enteró de lo que iba a ocurrir.

—Muy bien. Eres listo.

—Quise salvar la piel, señor.

—¿Y te largaste solo?

—Sí, señor.

—Te llevarías a alguna chica.

«Y dale con las mujeres», pensó Radox para sí, pero procuró fingir lo mejor que podía.

—No tuve tiempo, señor. Todo fue muy rápido.

—Bien, bien..., ¿y ahora qué quieres?

—Quedarme... Bueno, si es que puedo, de lo contrario tendría que vagar por el espacio con mi nave.

—¿Con tu nave? Aquí no hay nada tuyo. ¿Entiendes? No tienes ninguna nave... Ahora pertenece a la comunidad.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Por cierto... Si no eres nadie como dices... ¿Cómo es posible que sepas pilotar una nave?

—Ingresé voluntario en la milicia de investigación espacial. La MIE. Ya sabe... Aprendí de un profesional. Muchos lo han hecho... —Y en eso no mentía, porque Radox empezó en la milicia.

—Eso es factible, sí... —admitió Rusty—. Ladok también había aprendido en la milicia. Por eso pudo conducirnos.

Al oír aquel nombre Radox palideció.

¡Ladok!

Si era el mismo Ladok que se figuraba, le conocía, y Ladok a él... Y entonces se descubriría la verdad, porque Ladok sabía perfectamente que él —Radox— era uno de los primeros técnicos del centro de Investigaciones. Diría que no era un don nadie como trataba de aparentar, sino una persona importante pese a su juventud.

Y había más cosas...

Pensando en Ladok, le recordaba como un ser indisciplinado y pendenciero. Un tipo al que acabaron expulsando de la milicia...

Y más...

Ladok había estado trabajando una temporada en el laboratorio donde estaba Radox, pero mientras éste escalaba posiciones, Ladok robaba lo que podía, hasta que le expulsaron también.

Ladok era el peor sujeto con el que podía encontrarse. Y además le odiaba, porque Ladok era de esos que odian todo lo que no son capaces de hacer. La envidia de los inútiles, por no ser capaces de realizar lo que otros han aprendido con el esfuerzo. Ladok era el clásico parásito que no da golpe y luego critica y odia a los que han escalado una mejor posición.

La voz de Telgon le sacó de sus pensamientos.

—¿Es cierto esto?

—¿Cómo?

—¿En qué estás pensando?

—En nada, señor...

—¿Estás dormido?—Ha sido un viaje interminable... Pensaba en... todo lo ocurrido. Aunque aquí esto no parece estar nada mal. Y veo que tienen chicas.

—Ha oído a una gritar —aclaró Rusty—. Esas condenadas siempre gritan...

El jefe quedó pensativo. Luego se puso en pie y ordenó:

—Bien, de momento nada más. Ve a buscar a Boran y a los que estén con él. Desde ahora se han acabado los privilegios. Todo aquel sector quedará vigilado.

—Telgon —exclamó Radox, dominado el sobresalto que tal orden le produjo.

—Tú, cálmate. De momento te quedarás aquí. Ya veremos en qué te ocupo. Debo estar seguro de mi gente... No quiero traidores. Y no acabo de fiarme. ¡Vamos, Rusty! Tráeme a ésos. Y quiero que hagáis una buena inspección en esa parte. No quiero sorpresas. Luego iré yo personalmente.

—¿Puedo.,.., puedo echar un vistazo al Satélite? —inquirió Radox, deseoso de salir de allí, de prevenirse por si acaso descubrían a su mujer, porque entonces si... si la tocaban, entonces se había terminado de una vez su pacifismo.

—No tienes nada que ver de momento. Todo llegará. Ahora métete en un rincón y guarda silencio. No hay nada que me fastidie más que oír hablar cuando no tengo ganas de escuchar.

Radox tuvo que resignarse. Si en aquel instante insistía o se sublevaba todo estaría perdido.

Pero… ¿y si descubrían a su esposa y a su hijo?

CAPITULO VI

Boran se hallaba en presencia de Telgon. Desde el rincón de la sala que había elegido, Radox pudo darse cuenta de que habían maltratado al profesor.

Y estaba allí, solo. Esto le hizo lanzar un momentáneo suspiro de alivio. Porque parecía que, por el momento, no habían descubierto a Dilma.

Con Boran se hallaban Rusty y otro tipo.

—¿Qué ha pasado, profesor? —preguntó Telgon con una sonrisa cínica—. ¿Se ha caído por el hueco de un ascensor?

—Sus hombres me han golpeado. No me extraña de quien no sabe ni respetarse a sí mismo; pero esta conducta, Telgon, no hará sino empeorar la situación. El Satélite necesita unos cuidados. Usted quiere controlarlo todo y no entiende ni un ápice...

—Los técnicos se hallan en sus puestos, ¿no?

—Pero trabajan atemorizados. Les han robado a sus mujeres...

—Es el tributo que tienen que pagar. Aquí no hay impuestos, pero se colabora.

—Telgon...

—¡Basta! Mis hombres no le han pegado por divertirse... ¿Qué ha pasado?

Rusty tomó la palabra:

—No ha querido decirnos dónde estaba Dermott, su ayudante.

Boran cambió una breve mirada con Radox y volvió los ojos hacia Telgon para decir:

—Yo no sé dónde está Dermott. Se empeñaron en decir que lo escondía... Aquí no hay escondites.

—No puede haber desaparecido —repuso Rusty.

—Pero eso no quiere decir que yo tenga que saber dónde está.

—Le encontraremos —adujo el jefe—. Eso no me preocupa. Ahora

dominamos el Satélite… En fin, profesor, le he hecho llamar para comunicarle que a partir de ahora será uno de tantos. Dormirá con los demás. En la sala común, en el suelo. No hay privilegios para nadie.

—Sólo para ustedes, por lo que se ve.

—Los que mandan siempre se toman esos privilegios. Como en el Planeta. ¿No era así?

—Mandan los que valen, los que están preparados, pero del poder nunca tiene que hacerse una venganza personal.

—No necesito sus consejos, Boran… Ahora conteste».. ¿Desde cuándo conoce a este hombre? ¡Tú, Radox, acércate y ponte delante del profesor! Mírale a los ojos.

Radox obedeció. Esperó que ningún músculo de su rostro le delatara si se veía obligado a mentir.

El profesor respondió con la verdad.

—Acabo de conocerle. Llegó hace poco.

—¿Y qué hacía en el Planeta? Eso sí debe saberlo. Todas las personas «importantes» se conocen de oídas.

—No conozco a todo el mundo. Además, no hemos hablado de eso —mintió el profesor sin pestañear.

—¡No es cierto! El ha dicho otra cosa —rugió Telgon para enfrentarlos y sembrar la confusión entre los dos.

Radox hubiera querido hacerle una seña pidiéndole al profesor que no se dejara atrapar. Que no hiciera caso de la añagaza que le tendían.

—Si él ha dicho otra cosa —replicó Boran serenamente— es él quien miente. Radox vino a pedir auxilio. Apenas hablamos. Lo llevaba a su presencia cuando fui obligado a retroceder. Esto es todo.

Rusty se complació en golpearle la espalda con la culata del fusil. El golpe fue tan fuerte, que el profesor hubiese caído al suelo de no aguantarlo Radox.

Al estar juntos, casi pegados, a causa del empujón, el joven aprovechó para decir:

—No he dicho nada.

A su vez, y también en un susurro, Boran murmuró:

—Los suyos están bien.

—¡Póngase derecho! —exclamó Rusty, sin advertir nada anormal en los dos hombres.

—No vuelva a golpearme. Eso no hará cambiar mi declaración.

—Es usted demasiado orgulloso, Boran. Se cree aún importante. Yo le haré perder sus agallas... Ahora dígame qué cargo tenía Radox en el Planeta.

—¡No lo sé!

Nuevo golpe, y otra vez Radox le sujetó.

—Tú, déjale...

—Señor... Ese hombre dice la verdad. Apenas hablamos.

—No he pedido tu opinión. ¡En pie, Boran! Conteste...

—He dicho lo que tenía que decir. —Se llevó la mano, a la cabeza y se dejó caer. Radox tuvo la impresión de que el profesor había fingido un desmayo para evitar ser nuevamente castigado,

—Es más débil de lo que aparenta. Todos esos científicos no valen nada. ¡Puaf! Lleváoslo.

Luego se volvió hacia Radox y, mirándole con cinismo, murmuró:

—Por ahora te has salvado. Porque no me fío de ti. ¡Anda, vamos! Querías conocer esto, ¿eh? Irás conmigo... Por cierto, dijiste que habías estado en la milicia... Tú debes tener la misma edad que Ladok. Te lo presentaré. A lo mejor os conocéis.

—No sé… —balbució Radox—. Había tanta gente. No los recuerdo a todos.

—¿Dónde está Ladok? —preguntó el jefe.

Rusty señaló hacia un punto inconcreto:

—Arriba, en el «campo». Vigila a Konner. Ese Konner es, junto con Dermott, otro de los adictos a Boran.

—-Bien. Ya habrá tiempo.

Radox suspiró tranquilo. La agonía sería más larga, pero quizá

aún existía la oportunidad de poder escapar antes.

Pensó en otra circunstancia peligrosa relativa a Ladok. Porque éste sabía que estaba casado... y en ese caso sospecharían que él estaba allí con su mujer... y registrarían todo hasta encontrarla y obligarla a servir de distracción.

—Andando —dijo Telgon, conminándole a caminar delante.

Rusty y el otro se llevaron el cuerpo del profesor, que seguía —o se fingía— inconsciente.

* * *

Telgon le mostró la sala de placer. Sonaba una música. Media docena de hombres ebrios rodeaba una mesa sobre la cual estaba bailando una muchacha. Era un espectáculo deplorable. La chica la habían embriagado y ni siquiera sabía lo que hacía. Se movía y reía, aunque a veces la risa parecía quebrarse para convertirse en llanto.

Los hombres vociferaban y trataban de seguir el compás de la melodía.

A veces bebían, en frascos de laboratorio el líquido artificial.

—Aquí, la animación es continua. Pero hay que dejar descansar a las chicas. No hay muchas y se agotan en seguida...

—¿Quiénes son esas chicas? —inquirió Radox, fingiendo ignorar todo el tinglado.

—Señoronas... Las esposas de algunos científicos, o las de los que vinieron en viaje de placer... Podían permitirse esos lujos mientras nosotros éramos despreciados. Ahora .nos sirven para divertirnos...

—¿Hay muchas?

—No demasiadas. ¿Por qué quieres saberlo? Ya quisieras una para ti, ¿eh? Pues hay que ganarla.

—¿Cómo?

—Todo llega, amigo... Primero quiero saber quién eres.

—Ya se lo he dicho.

—No me basta.

—Oiga... No quiero seguir aquí. Me gustan las chicas y si no puedo tener una prefiero irme.

Le repugnaba el espectáculo y, además, estaba pensando en algo que...

—Escuche —puso en práctica su plan—. He visto que algunos hombres estaban limpiando. Para demostrarle mi buena voluntad, estoy dispuesto a hacer lo que sea... A limpiar el suelo. Yo no tengo prejuicios...

—No sé si eres sincero o pretendes hacerte el listo.

Telgon le clavó la mirada.

—Déjeme echar un vistazo. Que me acompañe alguno de sus hombres, si no se fía de mí... En los hangares hay mucha suciedad.

—¿Los hangares?

—Sí. La base. Y eso es conveniente tenerlo siempre limpio. Quizá algún día haya que partir de aquí precipitadamente. Todo debe estar en condiciones... Además, a mí estas cosas me gustan.

—¿Quieres aprovechar la primera oportunidad para largarte?

—¿Adónde?

—¿Qué es lo que temes?

Salían de la sala en el momento en que otro par de tipos aparecían empujando a una mujer.

—¡Vámonos, no te pongas tonta y bebe! Estás más alegre cuando tomas esto... Deberías saber que de nada sirve negarse...

Un hombre salió de alguna parte gritando fuera de sí:

—¡Canalla! ¡Basta ya! Dejad a mi mujer...

Pretendía liberar a la que llevaban los recién aparecidos, pero surgieron otros dos y le impidieron el paso. El hombre luchó con ellos,

—¡Malvados!

Le golpearon brutalmente, y le dejaron tendido como un guiñapo.

Radox apartó la vista y fingió no dar importancia, aunque las

tripas se le removían en su interior.

—¿Le impresiona esto?

—Ya me acostumbraré… Decía que no pretendía huir… Además, si se quitan las pilas no es posible largarse…

—Descuida que mis hombres ya lo han hecho. Y el almacén está perfectamente vigilado… Así es que no te serviría de nada.

—¿Lo ve? Así no hay pegas. Yo le demuestro que puedo ser útil y usted deja de sospechar de mí.

—Está bien. Si es tu deseo… ¿Sabes por dónde se va?

—Intentaré orientarme. Yo vine desde el gabinete del profesor.

—Puedes ir por donde quieras.

—¿Solo?

—De momento puedes ir solo.

—Bueno… Pues, hasta la vista. ¡Ah! ¿Puedo disponer de algún comprimido alimenticio?

—Cuando oigas la señal. Se anuncia por los receptores. Tendrás que ponerte a la cola. En lo de la alimentación somos muy estrictos.

—Bien, estaré atento.

Se separó de Telgon, pero sin confiarse demasiado.

«Quiere ponerme a prueba», pensó.

Telgon hablaba con uno de sus hombres. No era Rusty, pero se le parecía por las trazas.

—Vigílale, pero sin que se dé cuenta. Advierte a los otros… Ese trama algo, pero a mí no me engaña.

Por su parte Radox, dirigiéndose a la puerta que guardaba el primero de aquellos tipos mal carados que había visto, pensaba:

«Me vigilarán.»

Luego se dijo:

«Primero debo averiguar dónde está mi mujer… Después he de salir de aquí con toda la gente posible… Es necesario que les libre de

ese cautiverio...»

—-¡Eh, tú! ¿Adonde vas? —le preguntó el tipo armado.

—Tengo permiso de Telgon. Pregúntaselo.

Telgon hizo una seña al tipo y éste se apartó murmurando:

—Bueno, bueno... Adelante. Ve donde quieras.

—A los hangares. Voy a los hangares —dijo.

Y empezó a recorrer el pasillo sin volverse atrás, pero atento al menor ruido. Aparentemente no le seguían.

Siguió adelante hasta que creyó oír un zumbido. Miró hacia una pared y vio una luz azul que oscilaba. Se aproximó a la lámina y ésta se descorrió, mientras una voz le susurraba:

—Entre, de prisa.

Le pareció reconocer la voz de Dermott y obedeció.

Era una pequeña estancia parecida a la que sería de estudio al profesor Boran. No había nadie.

La voz de Dermott le instruyó:

—Pulse el botón de la pared.

Radox se aproximó. Había un botón del mismo color metálico que él muro. Lo pulsó. Al instante se deslizó una puerta oculta. Daba la sensación de un armario.

Allí estaba Dermott.

—Esto no lo han descubierto aún, pero no tardarán. Ignoran el sistema de puertas invisibles. Venga conmigo.

Salieron por el lado opuesto del armario. Allí había una salita con un par de asientos extensibles. Ren lloriqueaba y Dilma lo tenía en brazos.

Corrió hacia su marido y le abrazó sin soltar al niño.

—¡Oh, Radox! No sabes cómo he sufrido.

—¿Y tú, estás bien. No tenemos mucho tiempo, presiento que me siguen. Tengo que contar lo que ha pasado.

—Aquí no hay ninguna clase de peligro —aseguró Dermott—. Aunque descubran la entrada del corredor. Es un armario. Hay otros compartimentos como éste. Se hicieron pensando en posibles casos de invasión. Disponemos de un sistema de pantallas…

—Escúchenme. No puedo permanecer mucho rato aquí…

—Hable. ¿Cómo está Boran?

Radox comenzó a relatar lo sucedido desde su marcha hasta aquel instante

Tenía que hablarles también de sus planes, y de la necesidad de ocultarse de Ladok.

Mientras tanto, en el corredor, uno de los encargados de seguirle informaba al de la puerta:

—Ha desaparecido. Comunica con Telgon. Es cosa suya, personal.

Poco después, Telgon hacía funcionar uno de los transmisores y daba órdenes:

—Búsquenle por todas partes… Quiero saber lo que hace. Si se resiste no tengáis compasión de él. Nunca me he fiado de este tipo.

CAPITULO VII

Radox había concluido. Se despidió de Dilma, del niño y dio un apretón de manos a Dermott, cuyas últimas palabras fueron:

—Consiga aproximarse al profesor. Cójale el control remoto.

—Lo lleva en la bota.

—Sí. Es importante que no lo descubran. Es un número I. Eso quiere decir que puede abrir toda clase de puertas controladas.

—Lo intentaré.

—¡Cuídate, cariño! Ya ves que yo no corro peligro...

—No olvide comunicar a través del reloj. —Le habían entregado algo que aparentemente era un reloj contador de precisión, de bolsillo, pero tenía un par de usos desconocidos por aquella gente.

Radox salió, al fin, tomando toda clase de precauciones. En el pasillo no había nada. Lo comprobó previamente a través de la pantalla y ya una vez fuera fue directamente a los hangares.

Aunque estaba prevenido, ignoraba la orden que el propio Telgon había dado para intensificar su búsqueda.

Tomó el ascensor y, al llegar a la planta de los hangares, le pareció ver un par de tipos de Telgon. Entonces adoptó una actitud inocente. Se puso a tararear como hubiera hecho cualquiera de ellos.

Luego, ya impuesto en su papel inofensivo, gritó:

—¡Eh! ¡Ustedes! ¿Dónde demonios puedo encontrar algo con que limpiar? Necesito quedar bien delante del jefe. Échenme una manita, ¿eh?

Aquellos tipos se miraron sorprendidos.

El se aproximó y lanzó una exclamación:

—¡Uf! Uno se pierde aquí, con tanto corredor. ¿No os ha pasado a vosotros?

Uno de los que estaba allí era Rusty. Le miró fijamente y le preguntó:

—¿Dónde diablos te has metido?

—En un escondite de un corredor. No sabía cómo salir…

—¿En qué escondite?

—Ya ni me acuerdo, pero si quieres puedo intentar buscarlo. ¿Me acompañas?

—Espera —repuso Rusty.

Se separó del grupo y entabló diálogo con Telgon a través del radio portátil.

—Está aquí. Dice que se ha despistado por los pasillos. Parece muy tranquilo.

—Rusty, no me fío. Tengo olfato. Hay algo extraño en ese tipo. Ojalá me equivoque.

—Yo creo que es un desgraciado, pero si quieres le hago cantar. Con otros más peligrosos lo he hecho.

—Llévale arriba.

—¿Al campo?

—Sí. Mejor que le vea Ladok. Si ha estado en la milicia, tal vez pueda decirnos algo de él.

—De acuerdo, Telgon.

Rusty volvió al grupo y, dirigiéndose a Radox, ordenó:

—Andando, vamos a dar un paseo.

—¿Ya no tengo que limpiar esto? —preguntó Radox ingenuamente.

—De momento vamos a otro sitio. Un amigo tuyo quiere verte.

—¿Un amigo?

—Ladok.

Radox palideció.

—Bueno. Ya me han hablado de él. No creo conocerle —repuso disimulando.

—Ahora saldremos de dudas —sonrió Rusty.

* * *

Mientras Rusty conducía a Radox por entre los pasillos, el profesor Boran abrió los ojos y se aseguró de que nadie le observaba expresamente.

Le habían echado a una sala común que ahora servía de dormitorio general.

Se hallaba entre otros tres hombres que habían sido apaleados recientemente. Uno de ellos era el que trataba de liberar a su mujer del salón destinado a las diversiones de los invasores del Satélite.

Había un guardián al fondo, sentado en un butacón y mirando hacia la sala contigua. Tenía en sus manos un botellón del que iba trasegando de cuando en cuando. Estaba prácticamente ebrio.

Boran iba a incorporarse, cuando uno de¡ los heridos se movió a su lado. Al reconocerle, murmuró:

—¡Profesor! ¿Usted también?

—Silencio...; que no nos oigan. Intentaré salir de aquí.

—¿Puedo acompañarle?

—¿Se ve capaz?

—Lo intentaré.

—Está bien, venga. Pero hay que tener cuidado.

—Tenemos que hacer algo para librarnos de ellos, profesor.

—Eso es muy difícil. Una lucha con armamento aquí significaría la muerte para todos.

—¿Y no es esto peor que la misma muerte, doctor? Mire cómo nos tratan... Y esas pobres mujeres...

—Cállese ahora. Tengo que intentar localizar a cierta persona.

Estaban en cuclillas vigilando al guarda que seguía distraído.

—¿Adónde vamos?

El profesor señaló el rincón opuesto. Allí no había ninguna puerta, lo cual causó extrañeza al hombre. Pero el profesor avanzó con decisión. Se había sacado de la bota el pequeño control remoto y con él consiguió llegar hasta el ángulo de la pared.

—Todo va bien —dijo su acompañante mirando hacia el guarda.

—Cuando nos echen de menos empezarán a buscarnos. Sobre todo a mí. Espero que me dé tiempo.

Pulsó el control y una lámina se corrió hacia un lado dejando al descubierto una pequeña sala, ante los asombrados ojos del otro

Entraron rápidamente y la puerta disimulada se cerró tras ellos.

En aquel instante el guarda se volvió y miró a los que estaban tendidos. Parpadeó un par de veces como si estuviera ante una visión.

—¿Eh? Pero si había cuatro... Y por aquí no ha salido nadie —dijo.

No. No estaba convencido de sus propias palabras. Se encontraba ebrio y se levantó tambaleándose.

El profesor, entretanto, explicaba a su acompañante:

—Es un compartimento estanco. Hay algunos distribuidos por todo el Satélite. Ellos los desconocen porque no figuran en los planos. No pueden hallarlos.

—Es extraordinario, profesor. En el muro no se distingue la puerta.

—Ya están construidos con esa intención.

—Si hubiésemos podido utilizarlos antes...

—No hubo tiempo. Ya sabe cómo ocurrió todo. Además, ellos vigilan por todas partes. No es fácil. También, si desaparecemos todos son capaces de destrozarlo todo con tal de encontrarnos. Una sucesión de disparos podría ser fatal aquí. No estamos preparados para una guerra en el interior del Satélite.

El otro asintió.

El profesor accionó de nuevo el control y se abrió otra puerta. Bajaron una escalera.

—Ese corredor comunica con otro de los compartimentos.

—¿A quién busca?

—A Radox. Usted no, le conoce. Llegó hace poco. Ellos saben que está aquí. Si consigue salir, le pediré que se lleve a unos cuantos. Tenemos una pila nueva y eso le permitirá pasar una larga temporada en el espacio.

—Pero ¿adonde iremos? —inquirió el otro.

—No lo sé. Se puede explorar, pero creo que en el espacio estarán más seguros que aquí. Procuraremos meter en la nave la mayor cantidad de gente posible, pero habrá que obrar con cautela.

—Cuente conmigo, profesor. Mi nombre es Dalmo.

—Lo importante será conseguir provisiones alimenticias, y eso no va a resultar fácil.

—Lo conseguiremos.

A lo largo de un corredor secreto, entre dos plantas, el profesor llegó hasta el compartimento donde se encontraba Dermott con la esposa y el hijo de Radox.

Y Radox ascendía en esos momentos con el elevador, y la inevitable vigilancia de Rusty, hasta la planta donde estaba instalado el campo.

Habían cruzado todo el Satélite. Radox tomó nota de cuanto vio, procurando orientarse, pero el viaje llegaba a su fin. Y cuando se encontrase ante Ladok, iba a descubrirse todo.

Por eso, cuando ya el elevador ascendía los últimos metros, conectó sin mostrarlo el reloj de bolsillo. Bastaba hablar en voz alta para que Dermott pudiera oírle desde el compartimento:

—Insisto en que 110 conozco a ese Ladok... No obstante, puedo estar equivocado...

—Eso lo sabremos en seguida.

—Tu jefe es un desconfiado —sonrió tímidamente Radox, fingiendo indiferencia.

—Cierra la boca ya. Hemos llegado.

El elevador se detuvo. La puerta automática se abrió. El espectáculo era maravilloso. Un auténtico campo, una inmensa parcela fértil y exuberante se extendía en toda la zona. Al fondo, la

pared acristalada era un magnífico ventanal al espacio, y el único signo de que aquel campo no estaba realmente en el exterior.

Olía a verdor y a flores, pero Radox no podía extasiarse con aquello. Le esperaba un enfrentamiento decisivo. Le esperaba Ladok. Y si huía aún sería peor.

CAPITULO VIII

Dermott dio la voz de alarma al profesor en cuanto le vio:

—Van a enfrentar a Radox con Ladok —le explicó brevemente lo que el propio Radox le había contado—. ¿Comprende? Ahora sabrán que es un técnico y le tratarán como a los otros. Radox pretendía hacerse pasar por un cualquiera. Era una buena idea, porque si conseguía ganar su confianza podría ayudarnos desde fuera.

—Nadie puede ayudarnos, Dermott. Yo mismo he tenido que huir. Ahora me estarán buscando... ¡Ah! Este es Dalmo. Le tendremos con nosotros. Intentaremos salvar al mayor número posible, pero me preocupa lo de Radox.

Intervino Dilma. Estaba angustiada:

—¿No puede hacer nada, profesor?

—No. No existe ningún paso que comunique con el campo. Tendí á que hacerlo todo él solo —repuso Boran.

—Hay un compartimento en el subsuelo del campo. Puede llegar hasta el hueco. Konner puede facilitarle una cuerda. Se lo puedo comunicar a través del reloj.

—No. Mejor que hable con Konner directamente. Es preferible que no manipule el reloj delante de su guardián. No está acostumbrado y podría despertar sospechas.

—Sí. Tal vez tenga razón, profesor.

—¿Hay alguna esperanza, de ayudarle, profesor? —preguntó Dilma.

—Confiemos en que sí.

Y entretanto Radox avanzaba por entre el campo. Había un par de hombres trabajando y un guardián algo más lejos. ¿Sería aquél Ladok? Estaba lejos y Radox no podía distinguirle bien.

Pasaron ante uno de los hombres que cuidaban el campo. Era joven.

Salió y les interceptó el paso.

—Soy Konner, amigo. Me recuerda, ¿verdad?

—Apártate de ahí y sigue con tu trabajo —repuso Rusty.

Pero Konner miró muy significativamente a Radox, y éste recordó el nombre: Konner. Era uno de «ellos». Alguien en quien podía confiar.

—¿Es que quería pedirle permiso para ir al almacén de material? Necesito algunas cosas.

—¿No está Ladok por aquí?

—Está haciendo la ronda. Entre nosotros —le guiñó el ojo y añadió—: Creo que ha ido a buscarse una botella...

—Avisaré a Warz... ¿No es aquél? —Y señaló al guardián que Radox había visto al fondo.

—¡Oh, sí! Pero el almacén está al final del segundo corredor. ¡Allí! —Y al señalarlo lo hizo de forma que la referencia iba dirigida a Radox, para que éste lo captara perfectamente.

—Sé perfectamente dónde está el almacén, Warz.

El guardián que estaba al fondo se volvió y Radox suspiró interiormente... Por lo menos se demoraba el momento. Sin embargo...

Warz se aproximó.

—¿Qué hay, Rusty?

—Ese necesita ir al almacén. Acompáñale.

—Está bien, está bien, pero ya es hora de que alguien venga a relevarme.

—Eso a mí no me lo cuentes...

—¡No me lo cuentes! Tú siempre estás por ahí en completa libertad y los demás debemos apechugar con todo.

Konner, aprovechando la pequeña discusión, hizo un ademán a Radox, el cual comprendió perfectamente. Con la cabeza le indicó el camino a seguir.

—¡Andando! —gruñó el guardián para que Konner se pusiera en movimiento hacia el almacén.

—Nosotros aguardaremos a que regrese Ladok —dijo Rusty.

—¿Para qué le quieres? —preguntó el otro.

—¡Diablo! Tiene que ver a ése. Ordenes de Telgon.

—¿Y ése quién es?

—Se llama Radox. Es todo lo que sabemos.

El otro se encogió de hombros, y con un gesto indicó a Konner que empezara a andar.

—Mientras esperamos, ¿por qué no damos una vuelta por aquí, Rusty? —inquirió Radox—. Podíamos ir a ese almacén, por ejemplo. Me encanta conocer esto.

—Ya lo conocerás. Mira. Allí llega Ladok.

Un individuo había aparecido por el fondo. Llevaba un fusil. Todos ellos —o casi todos los que Radox había visto hasta entonces— iban armados.

El piloto se colocó de perfil, procurando observar con el rabillo del ojo al que se aproximaba.

En cuanto le tuviera delante, debería actuar… Y entonces serían dos enemigos los que tendría ante sí.

Era enemigo de la violencia, pero ahora se trataba de salvar la propia vida para velar por la de los suyos.

Y Ladok se aproximaba. No llevaba ninguna botella, pero evidentemente se hallaba de un humor de todos los demonios.

—¡Eh, Ladok! Te estamos esperando —gritó Rusty, dando la espalda momentáneamente a Radox.

Era la ocasión.

Ladok había levantado la cabeza y fijaba su atención en él.

Radox exclamó:

—¡Lo siento!

Empujó con violencia a Rusty, quien dio un traspié

y cayó al suelo, al mismo tiempo que echaba a correr.

Rusty lanzó una maldición.

Cuando se revolvió llevándose el fusil a la cara, Radox había desaparecido por un corredor.

—¡Vamos, Ladok! Hay que atraparle. Telgon tenía razón. Ese tipo no es de fiar...

—¿Quién demonios es? —preguntó Ladok.

Ladok tenía aspecto achulado. Era la estampa del eterno incomprendido, porque lo único que desea es vagar sin dar golpe. Ahora se sentía importante.

—Dice llamarse Radox. Estuvo en la milicia. Telgon quería que le vieras...

—Me pareció reconocerle. ¿Radox? ¡Claro! ¡Maldito tipejo...! Uno de esos empollones.

—¿Un jefe?

—Un jefazo... Un tío de esos que creen saberlo todo. ¿Por qué no me avisasteis?

—¡Vamos a por él!

Corrieron por el pasillo.

Radox trataba de orientarse. Necesitaba llegar al almacén. Sabía que allí podría contar con Konner. Debía tener algún plan.

Los otros alcanzaron el segundo corredor.

Radox les llevaba alguna ventaja.

—Se dirige hacia el almacén —gritó Ladok.

—Hay uno de los nuestros allí. ¡Maldita sea! Le fulminaría ahora mismo, pero Telgon querrá tenerlo vivo.

Radox entró como una tromba en el almacén y se encontró con Konner, que llevaba una cuerda. Se miraron.

—¡De prisa!

Radox miró al suelo. Allí estaba el guardián que le había acompañado. Se hallaba sin conocimiento.

Mientras corrían, el joven Konner dijo:

—Me han informado hace muy poco. He tenido que improvisarlo

todo.

—¿Adonde vamos?

—Hay otra salida por allí. Tienes un control remoto, ¿eh? —Sí.

—Utilízalo cuando yo te diga.

—De acuerdo.

Los otros acababan de llegar.

—¡Mira, ahí está Warz! —exclamó Ladok.

—¡Vamos a por ellos!

—i De prisa! —gritó Konner.

Salieron por la otra puerta para encontrarse en un corredor. Konner indicó un lugar en el muro.

—¡Ahí!

Radox utilizó el control y un trozo de muro se abrió. Entraron rápidamente.

—¡Cierra!

La lámina volvió a quedar como antes, en el instante en que surgían los perseguidores que miraban a uno y otro lado.

Se separaron.

—Tú por aquí —dijo Rusty.

Ya era imposible encontrarlos, y cuando volvieron a reunirse tuvieron que admitir su fracaso.

—Esto es muy extraño —murmuró Rusty—. Aquí deben existir pasadizos secretos... Telgon tendrá que repasar los planos, si no quiere tener un disgusto...

—Yo descubriré esos corredores —exclamó Ladok, y apuntó el fusil contra una pared.

Chorros de fuego surgieron de forma intermitente, y una parte del muro acusó la llama devoradora retorciendo la plancha metálica.

—Espera, espera... No conviene causar destrozos. Ya tendremos tiempo.

—No me gusta ese tipo. Se la tengo jurada —exclamó Ladok, tratando de perforar otra parte del muro.

Rusty le calmó.

—Vamos. Voy a comunicar con Telgon.

Pero, entretanto, Radox y Konner continuaban la huida. Habían llegado ya al final de un corredor sin aparente salida.

—Hay dos compartimentos estancos —explicó el joven que hasta entonces había cuidado de las tareas del campo—. Pero el profesor quiere que nos reunamos con él. Tiene algo que decirnos.

A una indicación suya, Radox accionó el control y se abrió el compartimento.

—¡Cuidado! —advirtió Konner.

Un hueco enorme se abría ante ellos.

—Esto atraviesa todo el Satélite. Forma parte de la seguridad. No voy a extenderme en tecnicismos. Bajaremos por aquí.

Llevaba una cartera en la mano. Dentro había una cuerda. Radox comprendió lo que se proponía.

El propio Konner ató un extremo a una tubería.

—Listo.

—Yo bajaré primero —se ofreció Radox.

—Ya te diré dónde tienes que detenerte.

—De acuerdo.

En aquel momento, Telgon, a través del transmisor, ordenaba a Rusty:

—Destrozad los muros. ¡Maldita sea! ¡Te dije que tuvieras cuidado con él y lo has dejado escapar!

—Lo siento, pero...

—¡Derribad las paredes! —insistió—. Quiero a ese tipo como sea...

—Derribar las paredes puede ser peligroso. Recuerda lo que dijo el profesor Boran.

—¡Y a mí qué diablos me importa! Ahora soy el jefe, y nadie va a arrebatarme el puesto ni a discutir mis órdenes.

—Ya lo has oído. Así se habla —repuso Ladok—. Al diablo con todo. Ayúdame tú también; Tienes un fusil, ¿no?

Rusty era reacio. Despreciaba a la gente que hasta entonces había ostentado el poder, pero su espíritu de conservación le hacía intuir el peligro.

Ladok, por su parte, dirigía el fuego a las paredes que, al ablandarse, se retorcían hasta dejar abiertos grandes boquetes.

Junto a ellos se unieron media docena de hombres enviados por el propio Telgon.

—El jefe quiere que derribemos todo esto. Asaremos a esos tipos como si fueran ratas.

Aquello les parecía extremadamente divertido, y la orgía de fuego continuó hasta alcanzar la puerta secreta donde existía el hueco por donde poco antes habían escapado Radox y Konner.

Konner estaba esperando a que Radox llegara al punto donde debía detener su descenso, cuando advirtió la presencia del fuego al otro lado del panel.

Notó el calor y gritó:

—¡Date prisa! Están intentando echar abajo el tabique. Conseguirán hundirlo todo. ¡Malditos!

Radox trató de deslizarse más rápidamente.

Desde fuera gritaban:

—¡Vamos, vamos! ¡Todo fuera…! Esto se agujerea como si fuera materia blanda.

La locura destructiva de aquellos individuos iba a abrir el boquete.

Konner observó la posición de Radox y exclamó:

—¡Un metro más y puedes accionar el control!

El calor en el hueco comenzaba a hacerse insoportable. El fuego destructor amenazaba con perforar la plancha.

Radox pulsó el control remoto y el panel se descorrió abriendo un boquete.

Salió fuera dejando el paso libre. Konner se deslizó rápidamente cuando la plancha metálica comenzaba a perforarse. Le quedaba un buen trecho para bajar y, en su descenso, podía advertir los rayos ígneos.

Konner sudaba. Sabía que si le descubrían no llegaría con vida.

El boquete fue abierto por fin. Uno de los tipos que había estado aplicando el fuego quiso ser el primero en avanzar.

—¿Qué es esto?

No advirtió el hueco y, al avanzar, se precipitó al vacío lanzando un grito prolongado.

—¡Cuidado! —advirtió Rusty.

El cuerpo del que había caído chocó contra Konner, y a punto estuvo de arrastrarlo en su caída.

Konner, bien sujeto, resistió el golpe y se apresuró en su bajada.

—¡Maldita sea! Ya están ahí arriba.

Rusty asomó la cabeza

—Es un hueco secreto. ¡Mirad! ¡Hay un tipo allá abajo!

Ladok se asomó a su vez, y dijo:

—Una salida secreta. ¡Por aquí han escapado! ¡Dé- jame! —Apuntó con su arma hacia abajo.

Konner estaba perdido. Balanceó la cuerda para esquivar el chorro de fuego letal que iban a dedicarle.

Ladok disparó a placer El hueco se llenó de fuego. Algo tembló en todo el Satélite y Konner lanzó un grito horripilante.

—¡Aaah!

Radox se asomó a tiempo de ver a su compañero, envuelto en llamas y convertido en una bola de fuego, cayendo al vacío.

—El precio de mi salvación ha sido su muerte... —murmuró.

Ahora todo el Satélite parecía resentirse del castigo a que estaba

sometido.

Rusty informaba al jefe:

—Es verdad, Telgon. Había una salida secreta.

—¡Eso quiere decir que hay otras! ¡Quiero encontrarlas! ¿Me oís? Deseo saber dónde están esos malditos escondites, aunque para ello tenga que acabar con todo ti Satélite.

CAPITULO IX

Radox puso al corriente al profesor de lo que acababa de ocurrir.

La situación comenzaba a ser delicada. Boran, frente H una pantalla de situación, con el correspondiente detector, tomaba unos apuntes.

—Si no cesan de destruir, acabarán con la resistencia del Satélite. Están castigando los puntos más vulnerables.

—No conozco muy bien a Telgon, pero es de suponer que su sentido común le haga detenerse —murmuró Radox.

—Yo sí creo conocerle y no cesará. Ese es capaz de morir destruyendo... Sólo hay una solución —repuso el profesor, calmosamente. —¿Cuál? —inquirió Radox.,

Dermott creyó adivinarla y se apresuró a intervenir: —¡No, profesor! No lo haga.

—Es necesario —repuso Boran, y, tras una pausa, murmuró—: Me entregaré. Esto les calmará. —No debe hacerlo —terció Radox. —Insisto. Es necesario. Para ellos yo soy el más importante. Saben que construí el Satélite y sé lo que desean saber también: los puestos secretos. Radox... Usted y Dermott cuiden de salvar a todos los que puedan. Intentaré ganar tiempo. Introduzcan a la gente en el corredor III, será el último escondrijo que les facilitaré, Dalmo está intentando reunir algunas vituallas.

Dalmo era el hombre al que el profesor había sacado de su encierro. Regresó en aquellos momentos, utilizando otro control remoto. Iba cargado con algunos paquetes,

—¡Me han descubierto, pero he conseguido despistarles! Esto es todo lo que he podido conseguir.

—¡Magnífico! Puede ser suficiente... Ahora atiéndanme...

Y el profesor Boran intentó instruirles en la forma de actuar.

—Procuraremos —siguió— llamar su atención, para dejar libre la base... En su nave, Radox, caben cien personas por lo menos. No creo que podamos conseguir sacar a tanta gente, pero lo intentaremos.

—Un momento, Boran —atajó Radox—. Usted es más necesario para dirigirlo todo. No debe moverse. Ante todo intento salvar a mi mujer y a mi hijo, y sé que si les dejo con usted estarán seguros…

—¿Qué quiere decir?

La mujer de Radox comprendió lo qué su esposo se proponía y ahogó un sollozo, pero Radox continuó:

—Lo haré yo. Me entregaré yo, y procuraré entretenerles. Ellos desean vengarse con alguien. Yo les proporcionaré ese placer.

—No —protestó Boran—. No puedo admitir su sacrificio. Yo soy el único responsable del Satélite en estos momentos y a mí me corresponde salvarles…

No hubo respuesta, porque, en aquel instante, se apagaron las luces.

—¡Avería en el sistema eléctrico! —exclamó Dermott, consultando la única luz de emergencia de la pantalla.

La luz volvió al instante y el profesor observó la pantalla:

—Es un aviso. El Satélite está corriendo un grave peligro. No podemos perder más tiempo.

—Está bien. Cuide usted de todo —exclamó Radox, y avanzó hacia la puerta.

—¡Se lo prohíbo! —insistió Boran.

Pero era tarde. Radox había abierto la puerta y corría por el pasadizo.

Boran trató de ir a su encuentro, pero un súbito temblor hizo tambalear el Satélite. Por unos instantes todo pareció desmoronarse, como si se tratara de un terremoto. Las personas fueron lanzadas unas contra otras y se produjo la primera emergencia seria.

—¡Escape! ¡Hay un escape de oxígeno! Tenemos que cubrir la grieta.

El aviso partía de uno de los hombres de Telgon, que informaba a través de un receptor.

Una de las planchas transparentes había reventado y el oxígeno se escapaba rápidamente.

El hombre que acababa de dar la alarma trató de huir, pero la falta de aire le asfixiaba. Se llevó las manos al cuello y aún pudo gritar en demanda de socorro:

—¡Me estoy muriendo...! ¡Ayudadme!

Cayó al suelo. Se retorció buscando aire. Abrió desmesuradamente la boca y, en esa posición, quedó, mientras el Satélite recobraba su estabilidad.

Radox, en la caída, había rodado por el pasillo hasta dar con un hueco.

Se enderezó para proseguir su camino, pero un segundo temblor derribó un panel, impidiéndole el paso.

Tenía ante sí una escalera.

«¡La de la base!», pensó.

Se dispuso a dar un rodeo y bajó precipitadamente. Cuanto antes se entregara y pudiera hablar con Telgon, tanto mejor...

Abajo había unos cuantos hombres armados, asustados por lo que acababa de ocurrir.

Uno de ellos estaba en la cabina de control y salió para gritar a los otros.

—¡Esos aparatos se han vuelto locos! Aquí no hay nada que marque. Deberíamos llamar a un técnico. Yo no entiendo nada de esto, pero sé que ocurre algo. Ya no transmiten datos,

Radox pudo escucharlo... Por un momento pensó que su presencia era indispensable. Sí la base y el sostén del Satélite no respondían es que la situación era grave.

—Sí. Iré, antes de que sea demasiado tarde.

—¡Eh! ¿Quién es ése? —exclamó alguien al verlo avanzar.

—Soy Radox, soy técnico. Dejadme ver esto. Luego llevadme ante Telgon.

—¡Radox! Es al que están buscando —gritó otro.

Avanzaron hacia él.

—¡El jefe dijo que terminásemos con él!

Iban a disparar.

—¡Un momento! Os digo que soy técnico.

Otra sacudida. Los hombres se empujaron unos a otros ante la violencia del movimiento. Rodaron por el suelo. Radox también, aunque pudo sujetarse a algo.

—¡Vamos a morir todos! —gritó uno de aquellos tipos que, ante el cariz que había tomado la situación, comenzaban a pensar más en su propia vida que en desencadenar la venganza.

A duras penas Radox comenzó a enderezarse.

—Escúchenme. Trato de salvarles... Luego hagan lo que quieran conmigo... Quiero echar un vistazo a esto.

Los otros se miraron.

Tal como estaban las cosas, la presencia de un técnico era necesaria. Aquello salvó la vida a Radox que, sentado frente a los distintos aparatos de control, pudo comprobar la interferencia.

—Es extraño... Parece como si...

Tenía detrás a media docena de tipos pendientes de él. Encañonándole.

—¿Qué pasa? —preguntó uno.

Radox comparaba la situación, y se decía a sí mismo que era idéntica a la de su nave, cuando apareció en el espacio aquel pequeño y extraño bólido. Por eso pensó en... Last.

Last era el nombre que le había dado la voz invisible. Last...

—Last —exclamó—. ¿Es usted?

Los que estaban tras él se miraron inquietos.

—Last... Conteste. Necesitamos ayuda.

—¿A quién diablos está llamando? —inquirió uno de los tipos que le vigilaban.

—A nadie. Tranquilícense..., aunque no hay motivo para ello.

—¿No hay motivo para qué?

—Para tranquilizarse. Las conexiones están estropeadas. Nada

responde. Ni siquiera tenemos una situación en el espacio. Esto irá pronto a la deriva, si es que no acabamos todos estrellándonos contra el Planeta o lo que quede de él.

—¡Vamos, sal de ahí! —gritó uno de los individuos—. Te llevaremos ante Telgon.

Radox meditó unos instantes. Era el fin. Pensó sólo en su esposa, en su hijo, y en todos los que podrían salvarse/ Para él ya no había opción.

—Avisad a Telgon. Decidle que me tenéis, y que acabe de una vez con los disparos antes de que sea demasiado tarde.

Y, ante la pasividad de los que le escuchaban, se levantó. En esta ocasión su voz subió de tono y, como si diera una orden, repitió:

—¡Haced lo que os digo, pedazo de ignorantes! Vais a mataros vosotros mismos por ese dichoso afán de venganza inútil... ¡Mamarrachos engreídos! ¿Porque tenéis un fusil en las manos os creéis superiores? ¡Basura! Eso es lo que sois. ¡Basura! Escoria inmunda, que jamás servisteis para hacer nada bien. Siempre criticando a los que iban delante de vosotros, pero ellos , habían ganado a pulso sus puestos y trabajaban para el bien común... ¿Qué hicisteis vosotros entretanto?

No acababan de comprender, pero se sentían insultados, y uno de ellos esgrimió el fusil para golpear el rostro de Radox,

Radox esquivó y, con agilidad increíble, sujetó el cañón del arma, arrebatándosela a su enemigo.

Otro intentó golpearle, pero Radox se adelantó y, con un rápido movimiento de su cuerpo evitó el golpe, pasando al ataque con un directo que noqueó a su agresor.

A continuación, arremetió contra otro posible enemigo, a quien le-quitó el fusil con habilidad propia de quien, además de fuerza, tiene cerebro para usarla.

Les encañonó. No era su estilo, pero por un instante parecía querer demostrar que él también sabía utilizar la fuerza.

—¡Cretinos, estúpidos! ¿Quiénes creéis que sois?

Consiguió asustarles por el tono de su voz, por la fuerza de sus palabras y por la manera de mirarles. Eran gente que sólo creían en la violencia, que únicamente respetaban al más fuerte. Sin embargo,

Radox soltó el arma y la arrojó a los pies de los otros.

—Llevadme ante Telgon. Será mejor así.

Se miraron unos a otros. Seguramente pensaron que estaba loco. Hubiese podido matarles y huir, y, en cambio, se entregaba.

Uno de ellos le tomó confianza. Veía en Radox a un tipo especial. Diferente de lo que había conocido.

—Escucha… Esto se irá al diablo, ¿verdad? Tú entiendes de esas cosas, ¿eh? ¿Cuánto tiempo aguantará el Satélite?

—¡Y yo qué sé! Mientras Telgon se empeñe en destrozarlo todo os aseguro que durará muy poco. Decidle que acabe de una vez.

—¡Maldita sea! Yo no quiero morir… Debe haber algún medio para salir de aquí e ir a alguna parte —gritó el que había hablado antes.

—¡No os fiéis de este tipo! Quiere asustarnos —exclamó otro, recobrando la valentía que le proporcionaba el arma.

—¡Acabemos con él!

—¡Radox! —exclamó entonces una voz que surgía de uno de los megáfonos de la computadora.

¡La voz!

¡Era la misteriosa voz que Radox conocía de sobras!

—¿Quién es? —inquirió uno de los hombres armados.

Radox se volvió.

—Le oigo… Necesito ayuda.

—Deberás utilizar la nave grande, la mayor. Y deberás cargar en ella a toda la gente del Satélite.

-¿Eh?

—Es tu última oportunidad, Radox… Estabas dispuesto a morir por salvar a los demás. Tienes valor. Demuéstralo ahora.

—Pero…

—Vamos, Radox… He escuchado cuanto has dicho. He estado al tanto de todo lo ocurrido en este desdichado Satélite. No es

ciertamente una obra maestra, aunque a vosotros os lo parezca. Tenéis mucho que aprender, pero ya no os queda tiempo.

—Pero… ¿Qué debo hacer? Esto se tambalea.

—Mi poder me permite sostener el Satélite durante algún tiempo, pero tienes que darte prisa. Habla con Telgon. Convéncele de que debe abandonar el Satélite. Todos debéis abandonarlo. ¡De prisa!

El silencio se rompió. Todos habían oído la voz. Ahora uno de ellos exclamó:

—¿Quién es ese que ha hablado? ¿Un amigo tuyo?

—No… No le conozco…

—¡Sí le conoces, Radox! ¡No has venido solo! —gritó otro de los que componían el grupo.

El que había sido noqueado se levantó confuso. Lleno de rabia. Vio el fusil en el suelo y se aproximó a él.

—Viaja en un bólido… —explicó Radox—, pero no es… como nosotros. Sólo conozco su voz… Vosotros habéis oído lo que ha dicho… Creo que debemos hacerle caso.

La voz invisible sonó de nuevo:

—Radox. Cada segundo que pasa es un tiempo precioso que se pierde. Mi poder está limitado. Debéis abandonar el Satélite cuanto antes… Estoy acoplado bajo él. Mi sola fuerza lo sostiene, pero no podré mantener la situación por mucho tiempo.

—¿Qué pasará si Telgon no accede? —inquirió Radox.

Se hizo un silencio. El sicario de Telgon que había vuelto en sí tenía ya el fusil en la mano. Iba a encararlo contra Radox.

La voz repuso al fin:

—Si Radox no os libera moriréis todos… Tenéis veinte pasos de sistema de medir el tiempo. Veinte puntos de reloj… La cuenta empieza ahora.

Aquellas palabras impresionaron al grupo. El único que pareció no oírlas fue el tipo del fusil, quien se dispuso a disparar contra Radox.

—¡Cuidado, Radox! ¡Quieren matarte! —gritó la voz.

Radox se volvió. Un ascua de fuego salió del fusil y provocó una llamarada sobre el pupitre de la computadora.

Radox había esquivado y, casi al mismo tiempo, se lanzó contra su agresor para arrebatarle el arma.

Rodaron por el suelo.

El fuego tomaba incremento en la cabina. Radox se incorporó y soltó un directo a su enemigo que se tambaleó gritando:

—¡Te voy a matar...! —conservaba aún su fusil.

Sin embargo, no pudo utilizarlo, porque otro del grupo se anticipó. Era el más miedoso. Lo aniquiló con una ráfaga de fuego.

—¡No perdamos tiempo! Ya lo habéis oído... Alguien pretende salvarnos.

Todos miraban al compañero fulminado. Hasta al mismo Radox repugnaba el espectáculo del enemigo convertido prácticamente en cenizas.

Se hizo un silencio.

—¿Es que no queréis salvar la piel? —gritó el que había matado al compañero—. El es el único que puede salvarnos... ¡Radox! Debemos hacer lo que nos diga.

Fue entonces cuando, por el fondo de la base, surgió Rusty acompañado de Ladok.

—¡Ahí está! —gritó el primero.

—¡Déjalo de mi cuenta! —exclamó Ladok a su vez.

—Si me matan —dijo Radox a los otros— nadie se salvará. Ya lo habéis oído.

Los otros cambiaron rápidas miradas, mientras los recién llegados avanzaban hacia ellos.

La vida de Radox seguía estando en peligro.

Pero, entretanto...

Entretanto el profesor Boran había empezado su labor salvadora. Dermott y Dalmo, recorrieron los pasadizos secretos, iban en busca de la gente para salvarles.

El hijo de Radox, como si presintiera la tragedia, lloraba en brazos de la aturdida Dilma.

—Pobre hijo mío… Viniste al mundo en la peor de las épocas… No llores… No llores.

CAPITULO X

Hubo discusiones con respecto a la suerte que debía correr Radox, pero los que habían oído la voz invisible se impusieron.

—Hay un amigo de Radox que nos sacará de aquí. Tiene un bólido acoplado al Satélite. Lo hemos oído todos.

En una pantalla se pudo ver claramente al pequeño bólido que Radox ya conocía. El bólido de aquel ser invisible, de aquel robot parlante que parecía disponer de poderes ilimitados.

Y ese ser quiso dar una prueba de su capacidad:

—Habéis perdido dos puntos del tiempo que os he dado... Voy a separarme un momento del Satélite. Vedlo por la pantalla. Y comprobad lo que ocurre.

La pantalla reflejó claramente el momento en que el pequeño bólido se separó del Satélite. Acto seguido comenzaron las convulsiones. Todo parecía venirse abajo.

Rápidamente el bólido se anexionó nuevamente a la base del Satélite.

A partir de ese momento todo volvió a la normalidad...

—¡Vamos! —exclamó Rusty en primer lugar—. Hablaremos con Telgon. El tiene que saber esto.

Salieron juntos. Había algunas zonas derrumbadas. Paneles que habían caído. Tabiques metálicos retorcidos y llamas en una parte de la cabina.

—¡Apaguen esto! ¡Usen los extintores! —exclamó Radox.

Eran momentos apocalípticos y los relojes iban contando los puntos.

Tres, cuatro...

Quedaban dieciséis...

Cuando la zona quedó abandonada, Dermott asomó la cabeza por un hueco y murmuró:

—No hay nadie. Suban a la nave pequeña... A la de recreo. Dense prisa. Radox ha trabajado bien. Tenemos el campo libre.

Cinco hombres maltrechos avanzaron con sigilo hacia la pequeña nave.

Dermott les previno:

—Escóndanse dentro y no se muevan...

—Las mujeres —reivindicó uno de ellos—. Mi esposa... Las esposas de los compañeros...

—Haremos lo que podamos para sacarlas. Pero no se aparten de ahí. No griten o todo estará perdido.

Los hombres avanzaron rápidamente mientras Dermott retrocedía para ir a rescatar a los otros prisioneros.

Por otro lado surgió Bidok. Llevaba dos mujeres.

—¡A la nave! Suban a la nave. Dense prisa.

La presencia de aquellas dos mujeres levantó el ánimo a los hombres. Una de ellas era la esposa de uno de los que había llevado Dermott. Se abrazaron. Lloraron por las horas de amargura pasadas...

—Escondeos... Ahí abajo. Será mejor. Si nos descubren, a vosotras no os encontrarán —dijo uno de los científicos rescatados.

Abrieron la trampilla para que las mujeres se acomodaran en el subsuelo de la nave.

Y, entretanto...

Ya Radox se hallaba en presencia de Telgon, que le miraba lleno de odio.

Con Telgon estaba Ladok, otro resentido. Y Rusty que se mostraba expectante.

—Repite eso, maldito bastardo. Repite lo que has dicho...

—Sus amigos se lo dirán, Telgon —fue la réplica de Radox—. Ellos lo han oído. El Satélite se desmorona.

—No tiene fuerza suficiente para seguir suspendido. Nos queda poco tiempo.

—Lo hemos oído, Telgon —exclamó uno de los hombres—. Ese

tipo que manda el bólido debe tener algún sistema especial.

—¡Un sistema especial! ¡Traedme a ese hombre! —gritó Telgon fuera de sí.

—No sea terco, Telgon… El quiere salvarnos a todos… No podrá verle… Es un robot. Una máquina. Pero tiene poder para sacarnos de aquí. ¡Y no tenemos elección! ¿Lo ha entendido? ¡No tenemos elección!

—¡Nos quedaremos aquí! —rugió el Jefe—. Soy yo quien da las órdenes.

Casi todos se habían agrupado en aquella sala. Deseaban saber lo que ocurría.

—Tenemos quince puntos… No nos queda tiempo -—insistió Radox—. Si no nos apresuramos todos, no se salvará nadie…

Telgon acudió a otra de las computadoras, seguido por un séquito de hombres armados.

—Quiero ver dónde está ese bólido… Dicen que esos chismes son perfectos —señaló todo el pupitre de la computadora—. Pues bien… si lo son, podré ver al tipo que os ha embaucado.

Lo que vio Telgon a través de la pantalla fue el bólido pegado materialmente debajo del Satélite, pero no consiguió divisar otra cosa.

—¿Dónde está el maldito piloto que conduce esto? —preguntó.

—No sea terco, Telgon. Yo creo que ese ser…, sea quien sea, ha demostrado que tiene poder para interceptar todos nuestros sistemas… Si no quiere salvarse, allá usted. Nos hundiremos todos —dijo Radox.

—Catorce puntos —surgió la voz—. Estáis perdiendo un tiempo lamentable.

Radox se aproximó a uno de los micrófonos de la computadora.

—No se moleste, amigo… Quieren morir todos —dijo.

Telgon le empujó para apartarle y Radox fue a parar entre dos de sus hombres

—Voy a separarme, una vez más, para demostraros que sin mí estáis perdidos —añadió la voz—, pero no podré repetir esta prueba, porque el Satélite está ya pesando demasiado.

Hizo lo que dijo y de nuevo todo el sistema se tambaleó. Unos chocaron contra otros. Rodaron por el suelo. Un arma se disparó al caer y roció con fuego un tabique que rápidamente se retorció.

—¡Haz lo que te dicen, Telgon…! ¡No queremos morir! —gritó uno.

Cuando el Satélite recobró la normalidad, Telgon se revolvió y sacó un arma corta disparando contra el que había gritado. Lo fulminó

—No quiero cobardes a mi lado —dijo, guardándose el arma. Luego miró a todos.

—¿Qué broma es ésa? —terminó preguntando a Radox.

—No hay broma. Se lo aseguro.

Doce puntos.

Doce puntos eran los que quedaban en todos los relojes contadores del Satélite.

Once… Diez…

El tiempo se estaba consumiendo. El Satélite comenzó a oscilar. Ni siquiera la fuerza magnética del robot tripulante del pequeño bólido podía mantenerlo.

—¡Las mujeres! -gritó alguien en aquel instante, rompiendo el silencio—. ¡Han desaparecido todas las mujeres!

Era un guardián el que había dado la voz de alarma.

Telgon se revolvió. Miró al que acababa de informar y, después, sacó su arma y apuntó a Radox.

—Era eso lo que te proponías, ¿eh? ¿Salvar a las mujeres? Ese era tu juego…

Radox guardó silencio.

—Ahora ya veis a qué clase de tipo queríais hacer caso… ¡Mirad cómo trato a la gente que intenta engañarme!

Radox pensó que había llegado su momento. El fin. El fin absoluto para él.

Su último pensamiento fue para su mujer.

Deseó que, por lo menos, tanto ella como su hijo estuvieran ya en

la nave.

Y Telgon accionó la palanca de su arma corta...

En el mismo instante en que Telgon apretaba el gatillo, el profesor Boran exclamó:

—Están todas aquí. Hemos conseguido sacarlas...

Dilma había dejado a su hijo en uno de los extensibles, y se asomó al exterior.

—¿Y mi esposo?

—Ha cumplido lo que prometió. Ha estado ganando tiempo. Ahora ustedes podrán marcharse.

—¡No! —gritó ella—. Salven a Radox. ¡Sálvenlo!

Dermott avanzó.

—Cálmese, Dilma. Ahora ya nada podemos hacer. Lo siento, Dilma... Créame. No podemos demorar la marcha. Si nos descubriesen ahora todo estaría perdido.

—¡Vamos, suban todos! —decía el profesor a los hombres que habían conseguido rescatar—. Dense prisa. Dermott, usted cuidará de conducir la nave...

* * *

Retrocedamos unos momentos antes, justo cuando Telgon disparó su arma corta contra el cuerpo de Radox.

Fue un disparo a quemarropa.

Radox sólo podía esperar la muerte fulminante.

Sin embargo...

Algo ocurrió. El arma de Telgon no se había encasquillado, no obstante, no surgió de ella nada mortal. Como si estuviese descargada.
—¡Un fusil! —gritó.

Alguien disparó por su cuenta, pero tampoco logró su objetivo.

—Esto no funciona…

—¡La mía tampoco!

Todas las armas parecían haberse descargado al mismo tiempo.

—¡Ocho puntos! —surgió la voz invisible, contando el tiempo—. No les queda apenas tiempo… No lo malgasten utilizando las armas… Lo estoy controlando. Ninguno de sus métodos funciona. No malgasten la vida que les queda. No la malgasten.

Sonó un timbre. Una especie de alarma. Anunciaba el despegue de una nave.

—¡Hay alguien en la base! —gritó Rusty.

En la pantalla aún podía verse cómo alguien estaba manipulando desde la maltrecha cabina.

La imagen proporcionó un primer plano del rostro del profesor Boran.

—¡Están huyendo! —exclamó Telgon.

Más que indecisión, era miedo lo que podía leerse en los rostros de casi quinientos hombres que únicamente estaban pendientes de las circunstancias.

El temblor continuaba.

—Huyamos nosotros también, Telgon. ¡Esto es el fin! —gritó una voz que corearon otras.

—¡Todos abajo! Que nadie escape del Satélite. ¡Es una orden! —exclamó Telgon.

Todos deseaban ir abajo. Matarían si fuera preciso…

Y mientras, algo no funcionaba bien en la nave que Dermott trataba de poner en funcionamiento para huir del Satélite.

CAPITULO XI

—¡Escondeos! ¡Todas las mujeres en el departamento posterior! ¡De prisa! -—advirtió Boran.

El profesor había advertido la inmediata presencia de la gente de Telgon, mientras la nave se resistía a ponerse en movimiento.

Por otra parte, Radox no había podido explicar la nueva situación que había cambiado en parte las cosas.

Boran, Dermott y todos los que estaban a punto de partir, ignoraban la intervención de la voz-robot. Ignoraban la premura de tiempo, e ignoraban también que los demás, al igual que ellos, pretendían salvarse.

Telgon encabezaba el grupo de hombres que, atropelladamente, se dirigían hacia la base en el piso inferior del Satélite.

Las sacudidas eran continuas y, por todas partes resonaba la voz invisible advirtiendo sobre la premura de tiempo, contando los puntos del reloj que faltaban para el desenlace.

—Ocho puntos. Todavía hay tiempo... Siete puntos.

No era fácil el camino. Los últimos temblores habían derrumbado tabiques, obstruyendo los corredores, aislando unos compartimentos de otros, sin posibilidad de atravesarlos.

Telgon se había contagiado del deseo de huir, de salvarse, y daba órdenes a diestro y siniestro.

—¡Derribad todos los obstáculos!

Los fusiles no servían y los hombres trataban de derribar las paredes, con lo que tenían a mano, aumentando con ello aquel ruido irresistible, infernal.

Los hombres caían y eran Arrastrados por los corredores. Se oían gritos, quejas, ayes de dolor y de espanto.

—Seis puntos —insistía la voz.

—¡No dejéis que Radox escape! —gritaba Telgon.

Radox iba siempre vigilado, Y aun cayendo junto a sus

guardianes, seguían sujetándole, le incorporaban y corrían de nuevo.

—Cinco puntos de tiempo —se oyó de nuevo la voz.

Al fin llegaron a la base, en el piso inferior. Los otros, la gente del profesor Boran fueron descubiertos por Telgon y los suyos.

—¡Ahí están! ¡Malditos! ¡Acabad con ellos!

—¡No! —exclamó Radox—. Les necesitamos. En estas circunstancias, necesitamos a todos.

—Es inútil. No cabemos todos en la nave —gritó Telgon.

—La mía. La mía puede servir —dijo Radox.

—¡Cuatro puntos! —advirtió la voz.

—¡Las mujeres! ¿Dónde están las mujeres? —inquirió Telgon.

Un nuevo temblor. Todo parecía venirse abajo.

—¡Hay que huir de aquí! —exclamó Rusty.

Comenzaron a subir atropelladamente a la nave grande. Todos querían ser los primeros.

Radox miró a Boran que, con un ademán, le indicó que su mujer estaba en la nave pequeña, y allí se dirigió él, pero Ladok le cortó el paso.

—Tú no. Tú te quedas. Ya tenemos pilotos de sobra… Tú no te irás —insistió'.

—Aparta, Ladok. No tengo nada contra ti.

—Tú nunca tienes nada contra nadie. Te crees superior.

—No me creo superior, Ladok. ¡Y no creo que sea momento de discutir! ¡Aparta!

Ladok tomó una barra metálica que había caído de algún lugar durante las continuas convulsiones del Satélite. La alzó para descargarla contra Radox, pero éste logró esquivarla.

Todo el peso del acero sacudió una de las columnas de la base. Radox no quería iniciar la pelea y trató de alcanzar la nave pequeña, pero Ladok le siguió. Iba a golpearle por segunda vez, pero sólo se quedó en un intento, ya que una fuerte sacudida le hizo perder el equilibrio.

Cerca de él cayó una plancha, se produjo un agujero y comenzó a escaparse el oxígeno.

—¡Tres puntos! —anunció la voz.

—¡Me ahogo! —gritó alguien—. ¡Socorro!

Ladok insistió en su afán de matar a Radox, pero éste se revolvió. Esquivó el golpe y pegó a su vez. Ladok perdió el equilibrio. Empezaba a faltarle la respiración. Lanzó un grito y cayó por el hueco. El agujero, le absorbió y su silueta se perdió en el espacio.

—¡De prisa! ¡De prisa!

—Ahí —gritó Telgon, y Radox se sintió empujado. Con él subieron Rusty y otros de los suyos.

—¡Profesor! —gritó Radox.

—¡Dos puntos! Ya no puedo resistir la presión. Salgan —advirtió la voz.

—¡Profesor! —volvió a gritar Radox.

—¡Olvídate de los otros y sácanos de aquí! —ordenó Telgon.

Los otros aún continuaban atropellándose para subir a la nave mayor. El profesor Boran estaba allí en medio de la debacle.

—Tiene que salvarse —grito Radox.

—¡Ponte a tripular está maldita nave de una vez! —ordenó Telgon.

Rusty le empujó hacia los mandos, diciendo:

—Boran irá con los otros.

—¡No tendrá tiempo! ¡No tendrá tiempo!

—¡Ocúpate de ti si no quieres morir antes que los demás!

Se encontró ante los mandos. La voz del robot indicó:

—Ultimo punto. No resisto más. Sal de una vez Radox. ¡Sal!

Era un momento dramático, indescriptible... El Satélite' parecía flotar ya a merced del espacio. Se produjo una explosión en alguna parte.

—¡Los mandos Radox...! ¡Los mandos! Todo está perfectamente —dijo la voz.

Una palanca, un botón, el contacto final y...

La nave salió del agujero y se adentró en el inescrutable espacio.

Fue entonces cuando surgió la voz femenina. La voz angustiada de Dilma. Iba con su hijo en brazos. Asomaba del subsuelo de la nave:

—¡Radox! ¡Oh, Radox! Creí que...

Corrió junto al piloto.

Telgon y Rusty cambiaron una mirada.

—¡Vaya! Te lo tenías muy callado... Tendremos otra mujer para variar.

Otro de los tipos del séquito de Telgon asomó por la trampa del subsuelo y exclamó:

—Están aquí. ¡Todas las mujeres están aquí!

—Hemos escogido la mejor nave —sonrió Rusty palmeando la espalda de su jefe.

—Bueno, chicos. Esto hará el viaje más divertido —dijo Telgon—. Y tú, piloto, cuida bien de todo, ¿eh? Aquí cada cual hará lo suyo. Nada ha cambiado. Yo sigo siendo el jefe.

Los hombres avanzaron hacia el hueco. Dilma, a pesar de llevar en brazos a su hijo, se vio rodeada.

CAPITULO XII

Radox puso los mandos automáticos. El rumbo era lo de menos. Lo importante en principio era estar a salvo.

Ahora Radox se levantó tranquilo, sereno y se volvió hacia los hombres que rodeaban a su esposa.

Cerca de él estaban algunos maridos del resto de las mujeres y técnicos del Satélite. Radox avanzó y habló suave y enérgicamente para imponer silencio.

—¡Ocupen sus puestos! —dijo, y tuvo que repetirlo levantando la voz:

—¡He dicho que ocupen sus puestos! Yo estoy al mando de la nave… ¿Me han oído? Se apartarán de las mujeres. Si no lo hacen… si se atreven a tocar a alguna, les aseguro que hundo la nave… ¿Me han oído?

Su mano derecha se aproximó a una de las palancas del intrincado sistema.

—Quietos todos, de lo contrario cumpliré mi amenaza.

Se hizo un silencio. Los que estaban al lado de Radox se envalentonaron.

Telgon avanzó lentamente y sacó un arma corta con la que encañonó al piloto.

—No tienes agallas, Radox —dijo suavemente.

—Haz la prueba.

—No eres el único piloto. Puedo matarte ahora mismo.

—Eso no funciona. Haz la prueba.

Telgon apretó el gatillo inútilmente.

—Te lo dije, Telgon. Alguien está interceptando todos los mecanismos automáticos.

—Esto no cambia las cosas. Sigo siendo el jefe… ¡Rusty! Coge a la mujer de Radox.

—¡Ni tocarla, Rusty! —advirtió Radox.

Rusty dudó.

—¡Vamos, Rusty! No hagas caso de una bravata.

—No, Rusty... Hundiré la nave —y Radox acercó más su diestra a la palanca hasta rozarla.

Rusty seguía dudando.

—¡Vamos! Cualquiera de vosotros —exclamó Telgon—. Hay que dar una lección a ese mequetrefe.

—¡Diablos! —exclamó uno de los tipos, y avanzó decidido hacia Dilma. Alargó sus manos hacia ella y trató de arrebatarle al niño.

—¡Suelta al chico!

—¡Abajo, Dilma! —gritó Radox. Y casi al mismo instante pulsó la palanca y todo se tambaleó en el interior.

Perdida en el espacio, la nave adquirió una velocidad vertiginosa, rodando continuamente, mientras se precipitaba sin rumbo hacia el vacío.

Fueron unos momentos de total desconcierto. Las personas caían unas contra otras, rodaban por la nave, se golpeaban entre sí, gritaban en medio de un caos indescriptible.

Telgon se aferró donde pudo y gritó:

—Está bien, para esto... Haz que funcione con normalidad... ¡Vamos, Radox!

Radox, asido también a su silla de los mandos, advirtió:

—El jefe soy yo, Telgon... Dejaréis a las mujeres en paz...

—Está bien, está bien... Lo que tú digas.

—¡Cuidado, Telgon! Falta poco para que esto se desintegre... Y no me importaría llegar hasta el final.

—¡Coge los mandos, hombre! ¡Cógelos...! Se hará lo que tú digas...Radox se incorporó como pudo y luchó para recuperar el control de la nave.

Poco a poco se reanudó la calma, no sin que la mayoría de sus ocupantes sufrieran importantes contusiones.

Radox se volvió hacia el personal del Satélite.

—Lo siento, amigos, pero creí preferible la muerte a estar sometido a esta chusma... Desde ahora cuiden de que todo marche bien... Soy pacífico por naturaleza, pero desde este momento si alguien se desmanda, respondan con sus mismos «argumentos»... Ya no tienen que temerles. Sin armas no son más que un hatajo de cobardes.

Telgon guardó silencio. Se sentía humillado, por eso murmuró entre dientes:

—Esta me la pagarás, Radox. Te juro que me la has de pagar.

Radox había puesto el automático y bajó al subsuelo para enterarse del estado de las mujeres.

Estaban bien. Allí todo era más estrecho. Los vaivenes no les habían producido daño alguno, sólo algunas, se hallaban mareadas, pero habían oído las palabras de Radox y se sentían protegidas.

—Ahora pueden subir todas. Tienen plaza arriba. Nadie las molestará.

Dilma fue la última. Se abrazó fuertemente a su marido como si no le viera desde siglos.

—Ahora todo irá bien -—murmuró el joven.

—¿Dónde vamos?

—No lo sé, Dilma. Supongo que el bólido-robot nos conducirá a alguna parte.

—¿Y el profesor Boran? ¿Y los demás?

—Lo ignoro.

Subieron arriba. Radox ocupó su puesto y no tardó mucho en ver un punto luminoso en la pantalla. Lo identificó en seguida.

—¡La nave de Boran! —gritó.

Entonces escuchó la voz del robot.

—Sí, Radox. Os voy a conducir a un planeta que desconocéis totalmente. Está muy lejos, pero tenéis provisiones para resistir.

—¿Qué lugar es ése? —preguntó Radox.

—Se llama Robax. Ninguno de vosotros ha oído hablar de él. Pero en la antigüedad se escribieron muchas historias acerca de planetas como Robax. Eran historias fantásticas para vosotros, y quienes las escribían ignoraban que existía un lugar como Robax, con una vida completamente distinta... Espero que os guste. En cualquier caso Robax es mejor que la muerte... Sigue este mismo rumbo, Radox. Yo estaré siempre cerca de vosotros.

El pequeño bólido del robot parlante describió un círculo frente a la nave de Radox y se dirigió hacia el vehículo que pilotaba Boran.

La voz del profesor llegó a través de la radio.

—Conseguimos salvarnos, Radox... Parece que nos guían hacia un habitáculo lejano.

—Así es, profesor.

—Simpático amigo el tuyo, Radox.

—No es amigo mío, profesor, pero la verdad es que nos está ayudando mucho

—Eso veo. Felicitémonos. La verdad es que sin su ayuda nuestro porvenir resultaba un tanto incierto. Claro que...

—¿Qué, profesor...?

—Seguimos una ruta que no me es desconocida del todo —dijo Boran a través de las ondas—. Aunque yo no la conocía personalmente, pero había realizado algunos estudios... Siempre tuve la convicción de que esta senda espacial conducía a determinada galaxia.

—¿Sí?

—Radox... ¿Ha oído hablar de la Galaxia Verde? —preguntó Boran.

—Algo, pero siempre que se ha tenido por una leyenda.

—Sin embargo mis datos indican que seguimos su ruta.

—Será cuestión de esperar.

—Sí.

—Profesor... ¿Qué tal es esa Galaxia Verde?

—No lo sé, pero si he de guiarme por mis cálculos, se trata de un lugar fantástico donde existe la mejor atmósfera que se pueda imaginar. Un sitio ideal, indescriptiblemente ideal… Creo que ya no puede haber nada mejor para nuestra naturaleza.

—Ojalá no se equivoque…

El viaje prosiguió sin incidentes. En la noche eterna del espacio los bólidos seguían su rumbo monótono. Y pese a su velocidad increíble, vistos en la lejanía parecían moverse perezosamente entre el eterno azul del firmamento sin fin.

Horas y horas, jornadas de silencio, de sueño, de esperanza.

Por fin la voz del robot:

—Nos estamos acercando, pero antes cruzaremos una zona prohibida. Habrá que acelerar. Yo me encargaré de ayudarles…

El profesor Boran advirtió:

—¡Es la Galaxia verde! ¡Mire, Radox! Todos esos planetas que hay allá abajo… ¿Puede verlos?

Una luz verde casi cegadora surgía de un punto próximo del Universo.

Luz que emergía de cada uno de los planetas que semejaban islas en el espacio. Un archipiélago fabuloso al que daban ganas de aproximarse.—¡Oye! Escucha, Robot… Este parece un lugar magnífico. ¿Podemos echar un vistazo? —inquirió Radox.

La voz fue tajante.

—¡Acelerad! Ni se os ocurra. Es la zona prohibida…

Pasaron por encima a una velocidad vertiginosa. Boran desde la nave grande y Radox desde la suya intuían una maravillosa naturaleza a sus pies, pero quien les guiaba insistía en acelerar. Le debían gratitud y le obedecieron.

—Me hubiera gustado ir —dijo después de cruzar la zona el profesor Boran.

—El nos ha salvado, Boran. El sabe dónde nos lleva —repuso Radox.

Y no tardó mucho en aparecer ante ellos otro planeta. Un habitáculo gris del que no tardaron en ver lo que parecía una gran

ciudad.

Se aproximaban a gran velocidad y a través de la pantalla se perfilaron hasta tomar cuerpo los edificios.

Varias moles altísimas, desprovistas de ventanas,. Eran como enormes y cuadrados monolitos de impresionante altura. A su alrededor proliferaban otras construcciones de escasa estatura. Todas férreamente cerradas, sin puertas, sin huecos.

Más allá, cerca de los edificios, una gran explanada poblada de pequeños bólidos, idénticos todos al que guiaba la expedición y pilotaba la voz invisible.

Era un lugar extraño. Pero tenía algo atractivo y frío a la vez.

Un habitáculo superdesarrollado y silencioso al mismo tiempo.

—Señores —dijo la voz—, esto es Robax. El planeta automático.

CAPITULO XIII

La nave del profesor Boran fue la primera en tomar contacto con el habitáculo, y la voz del pequeño bólido- guía se dejó oír:

—Pueden salir sin miedo. La atmósfera es muy superior a la que tenían ustedes.

Los hombres de la gran nave comenzaron a salir y a respirar a pleno pulmón

La ciudad parecía gozar de un clima realmente bueno. Lucía un sol que proporcionaba temperatura agradable. Todo era normal. Todo menos aquellos pequeños bólidos inmóviles en la explanada.

También se echaba de menos alguna clase de recibimiento. ¿Dónde estaba la gente de aquel lugar?

Radox tomó contacto con su nave y Telgon, que apenas , había vuelto a despegar los labios, habló al fin:

—Bueno. ¿A qué espera para abrir la puerta? Quiero echar un vistazo a esto.

Radox dudó unos momentos.

—Sí —dijo uno de los compañeros—. Abre, Radox. Ese Robot del espacio nos ha salvado la vida. Nos ha proporcionado este lugar. No parece tan malo.

Radox maniobró una palanca y se abrió la trampa entre el trípode que sujetaba el aparato. El siguió sentado.

La gente empezó a descender. Dilma se aproximó con su hijo.

—¿Qué opinas de esto? —inquirió él, sin dejar de observar la absoluta inmovilidad de aquellas máquinas parecidas al bólido que les había guiado. Al bólido de Last.

—No sé. ¿Y tú?

El negó con la cabeza.

Entonces se aproximó uno de aquellos bólidos. Se deslizaba sobre el suelo con la ayuda de unas pequeñas patas. Seis o siete diminutos pies metálicos contó Radox.

—Parece Last —dijo Dilma.

El pequeño bólido robot se plantó debajo de la nave de Radox, taponando la entrada. Luego sonó la voz:

—¿Está lleno de curiosidad, verdad Radox?

—Un poco, y espero que me saque de dudas. ¿Dónde está usted? ¿Por qué no sale? Supongo que no será simplemente un circuito impreso, una máquina programada. Entre estos edificios debe estar la central. ¡Vamos, Last! Salga. Diga a la gente que salgan.

—Todos están ahí. Usted puede verlos.

Radox paseó la mirada por la explanada y sólo consiguió ver los bólidos-robot.

—Pero esto…

—Son como yo. Todos tienen un nombre y un número. Last… Yo soy Last 27, que llamarían ustedes… Somos trescientos. No demasiados, pero vivimos perfectamente.

—Oiga, Last… Pero, ¿dónde están los humanos? ¡Los seres vivos!

—Ya le dije que le costaría entenderlo, Radox. Esta es otra vida. La que muchos de ustedes sueñan.

La voz pastosa y comedida de la máquina siguió hablando.

—Para ustedes somos máquinas programadas. Nosotros lo entendemos de otro modo… Una inteligencia suprema en el cenit de la técnica ideó la indestructibilidad de las máquinas. Hemos sobrevivido mucho tiempo, Radox… Siglos y siglos de su era y aquí estamos.

Radox cambió una mirada con su esposa. Last continuó:

—Somos inmortales, y podemos pensar como ustedes, fabricar lo necesario, dominar la materia y enfrentarnos con el espacio. Usted lo ha visto… Cada uno de nosotros tiene el mismo poder. Acuérdese del Satélite. Se estaba desmoronando. Se perdió en el vacío, se hundió en cuanto yo dejé de ocuparme de él… Recuerden también sus armas. Una simple interferencia en el automatismo las enmudeció para siempre, y tantas otras cosas…. ¿Cree que una simple máquina programada podría actuar de tal forma? Nosotros hacemos en cada momento lo necesario. Discurrimos por nuestra cuenta. Somos… La perfección.

Radox miró al exterior a través de la bóveda acristalada de la nave.

La gente caminaba mirando llena de curiosidad. Los pequeños bólidos-robot habían comenzado a moverse.

Last volvió a hablar:

—Llévese a su mujer y a su hijo, Radox. Diga a los matrimonios que les acompañen a ustedes y váyanse de aquí.

—¿Por qué? —preguntó.

—Usted es una buena persona, Last... Estaba dispuesto a dar la vida por los demás...

—Pero, ¿y los otros?

En aquellos momentos los bólidos-robot comenzaban a acorralar a la gente. Al menos daba esa impresión.

—¿Qué ocurre, Last?

—Nada. No se preocupe.

Algunos de aquellos vehículos hicieron aparecer una especie de brazos metálicos y levantaron a un hombre que empezó a gritar.

—¡Last! ¿Qué significa esto?

Las mujeres aterradas intentaban huir. Last se apartó, dejándoles sitio para que pudieran entrar.

Last dejó oír su voz por entre los gritos:

—Que los maridos acompañen a sus mujeres.

Hasta una docena de parejas se aproximaron huyendo de los pequeños bólidos, que no hicieron nada para impedirles la marcha.

Algunos hombres trataron de escapar, pero los bólidos les perseguían, cortándoles el paso con habilidad. Se movían ágiles en cualquier dirección y podían acelerar a velocidades incalculables.

Radox no acababa de comprender la jugada de Last.

Quedaban todavía algunas mujeres, pero el robot seguía taponando la entrada.

—Ya son suficientes. Los demás se quedarán aquí. Vivirán. No se

aflija por ellos, Radox. Vivirán. Se lo garantizo.

Las parejas que habían subido a la nave contemplaban la escena. Los de fuera estaban completamente acorralados. Los largos brazos de los bólidos parecían mantenerlos a todos magnetizados, imposibilitados de poder moverse.

—¿Qué se propone, Last? ¿Qué pueden hacer esas personas en un planeta totalmente automatizado? ¡Vamos! Déjelos ir.

—Es usted incorregible, Radox... Quiere que les deje marchar. ¿Incluso a los que pretendían matarle allá en el Satélite?

—Son seres humanos. Necesitan vivir entre humanos.

—Sí, Radox. Es usted una buena persona. Y yo podría decirle que le doy la libertad por sentimentalismo, pero no sería verdad... No es que no sepa apreciar la bondad de las personas. Sí, a. mi modo, sé comprender, pero en nuestro mundo estos sentimientos están superados. Nuestra inteligencia está muy por encima de todo... Y ahí tiene el ejemplo con esas doce parejas que, como usted, también serán libres. ¿Quiere saber por qué, Radox?

Todos escuchaban aquella voz clara, precisa y segura a la vez.

Radox dejó que Last prosiguiera:

—Ustedes van a crear un nuevo habitáculo en cualquiera de esas pequeñas «islas» del espacio. Las islas de la Galaxia Verde. En cualquier planetoide encontrarán vida y pondrán los cimientos de una nueva sociedad.

—Mintió usted cuando nos dijo que no nos detuviéramos en aquel lugar.

—Tenía que hacerlo para dejarles llegar hasta aquí. Yo hubiera querido hacer las cosas de otro modo... Si esta nave suya hubiese sido ocupada por los mismos que ahora están dentro, les hubiera permitido que aterrizaran allí mismo, pero se mezclaron todos a causa de las prisas. Tardaron demasiado en abandonar el Satélite...

—Entonces, usted...

—Verá, Radox... Ustedes, todos, eran los últimos descendientes de una raza. Los supervivientes de un mundo que ya no existe, y no queríamos perder la ocasión ele realizar algo que hemos venido deseando desde hace muchos siglos. Por eso le ayudé en todo para que llegaran hasta aquí, hasta Robax, mi planeta, nuestro planeta...

—¿Y qué es eso que deseaban realizar desde hace tantos... siglos? —inquirió Radox.

—Muy sencillo. El hombre creó al robot. Inventó verdaderos cerebros para su provecho. Les programó para todo, pero les privó de la sensibilidad...

—Un robot es una máquina para auxiliar al hombre. ¡No puede tener sensibilidad, Last!

—Eso cree usted, Radox.. Eso creen muchos... Claro que yo no me refiero a los robots construidos con un montón de acero y unas cuantas válvulas... No. Me refiero al Robot-Sensible. Al indestructible. Al capaz de autodirigirse a sí mismo.

—¿Como ustedes?

—Exacto.

—Pero, si son tan perfectos, ¿qué desean experimentar con los humanos?

—Hacer que nos sirvan a nosotros. ¿Lo ha entendido? No será el robot el esclavo del hombre, sino el hombre esclavo del robot. Les programaremos a nuestro modo. Les mentalizaremos, les insensibilizaremos. Trabajarán para nosotros. Será nuestro pequeño juego. La vida es muy monótona...

—Pero... ¡esto es monstruoso!

—No tema por ellos, Radox... Al contrario, les puliremos, les «limpiaremos» de toda clase de vicios y perversidades. Vivirán sanamente y esperamos conseguir para todos una larga longevidad. Ahora puede irse...

—¡No! Espere... El profesor... Todos...

—Puede irse —insistió Last.

—Escuche...

Radox trataba de ganar algún tiempo, para intentar disuadir a Last de lo que se proponía, aunque intuía que nada podría hacer razonar a un robot.

—Escuche —repitió—. ¿Por qué desea que todos nosotros fundemos una nueva sociedad? ¿Por qué nosotros? Si no actúa por sentimentalismo. ¿Qué nueva encerrona nos prepara?

—A ustedes ninguna, Radox... Pasarán muchos años, siglos, y un día el planeta que ahora van a crear estará totalmente poblado. El exceso de técnica mal planificada acabará destruyéndolo. Es la ley de la raza de los mortales. Siempre ocurre así...

—¿Y qué?

—Los descendientes de todos ustedes, querrán salvarse y entonces acudiré yo, o cualquier otro compañero a buscar una nueva remesa de esclavos.

Radox miró a los que le rodeaban. Last siguió:

—Con los que tenemos podemos mantenernos servidos durante mucho tiempo... Aquí también quedarán y procrearán, esto asegurará una permanencia constante de material humano...

—Dice que tiene sentimientos y no le importa condenar de por vida a los que van a nacer. ¡Last, no es más

que una máquina cruel que algún día alguien destruirá!

—No podrán, Radox. Somos indestructibles... Pero no tan malos como cree... Piense. Todos son esclavos de alguien. Nosotros les trataremos bien. Igual que ustedes trataban a los robots que fabricaban... Los que nazcan no se darán cuenta de nada. Vivirán una nueva era. Aprenderán a ser felices... Todo lo felices que podrían ser en lo que usted llama un planeta libre. Créame, Radox. La verdadera libertad no existe... Piense que entre todos hay muchos asesinos... En un planeta con leyes serían castigados...

—Pero hay gente inocente.

—Aquí aprenderán todo lo que ni en diez vidas hubieran podido aprender.

Last se apartó. Luego la nave de Radox comenzó a vibrar como si un control remoto hubiese puesto en marcha todos los mecanismos.

Radox dio volumen al transmisor y gritó:

—Profesor Boran. ¡Dermott! No me permiten ayudarles. Me obligan a marchar,

Boran se volvió y acercó los labios al transmisor de muñeca.

—Váyase tranquilo, Radox. Esta será una nueva experiencia. Hágalo constar a las generaciones venideras. Hábleles de este lugar, y

dígales que por más que estudien jamás alcanzarán la perfección de estos seres.

Boran estaba tranquilo. Admirado como todo sabio ante un nuevo descubrimiento. Abrumado de su insignificancia, ante tanta perfección.

—¿Lo ve, Radox? Los hombres inteligentes no temen. Saben que jamás serán verdaderos esclavos. Sólo los parásitos tienen miedo...

Hasta Radox llegaban las voces de varios de los sicarios de Telgon:

—¡Ayúdenos! ¡No queremos caer en manos de estas máquinas!— Para ésos sí será un castigo, Radox —dijo Last, y añadió—: Y ahora, adiós...

La trampa se cerró. La nave comenzó a elevarse y Radox concentró inevitablemente toda su atención en los mandos.

El trípode se plegó debajo del vehículo especial y, desde el aire, pudo verse la escena de aquel puñado de humanos, supervivientes de una raza que había alcanzado el cenit de la fama para ser esclavizada por máquinas parecidas a las que un- día creó.

Radox, mirando el espacio, murmuró:

—No es muy halagüeño nuestro porvenir. Nos asignan la misión de crear un nuevo mundo de esclavos.

Los doce matrimonios rescatados permanecían silenciosos, impresionados aún por la visión de aquella ciudad y sus habitantes.

—La vida continúa, Radox —murmuró Dilma, mirando a su hijo que descansaba en un extensible—. Nosotros no podemos cambiar el destino...

—Tienes razón, pero sí podemos hacer algo para que no vuelva a ocurrir lo mismo. Podemos crear un mundo diferente, enseñar a la futura sociedad a vivir en perfecta armonía. Podemos lograr el mundo perfecto, sin necesidad de ser máquinas. Legar a nuestros descendientes lo que en realidad debería" ser nuestra raza: un ejemplo de civilización y demostrarnos a nosotros mismos que somos realmente superiores al resto de los animales. Que sabemos utilizar el cerebro, que somos verdaderamente humanos...

Aquellas palabras insuflaron esperanza en los demás. Se empezó a oír en la nave un murmullo de asentimiento.

Habían sido los elegidos de unas máquinas para fundar un mundo nuevo, y lo harían… Intentarían hacerlo mejor. Vivían y se hallaban en la mejor disposición para hacer realidad las palabras de Radox…

El vuelo proseguía. Allá abajo, cualquiera de aquellos planetoides era apto para la vida.

Sin embargo Radox, a pesar de su voluntad, presentía que nada de aquello se cumpliría. Que los buenos deseos de unos cuantos no bastarían en el transcurso de los siglos.

—Pero lo intentaremos. Tenemos que intentarlo. Tengo fe —dijo en voz alta—. Y es posible… Tiene que ser posible conseguir un mundo perfecto. Tiene que ser posible…

Dilma, desde atrás, le rodeo cariñosamente.

Estaban ya en la Galaxia Verde.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (E
PRECIO EN ESPAÑA
P. V. P.
40
Impreso en España